OBRAS COMPLETAS
DE
RAFAEL ALTAMIRA
XI

SERIE HISTÓRICA

ESCRITOS PATRIÓTICOS

Madrid, 1929
Compañía Ibero-Americana
de Publicaciones, S. A.
Puerta del Sol, 15.

Reservados todos
los derechos.
Madrid, 1929.

Blass, S. A. - Madrid.

AL CONDE DE CERRAGERIA

PATRIOTA EN SU PALABRA, EN SU CONDUCTA Y EN SU EVANGELIO DE LA RIQUEZA, DEDICA ESTE LIBRO

EL AUTOR

PROLOGO

Una parte considerable de mi actividad como escritor y como conferenciante ha tenido, desde hace años, un marcado sentido patriótico. Quiero decir que he estudiado y expuesto con gran frecuencia temas referentes a las vindicaciones de nuestra historia y de nuestros valores actuales, al problema espiritual de nuestra unidad y al de la educación necesaria para formar ciudadanos españoles. A ello me movieron solicitaciones de orden práctico, análogas a la que, en una inteligencia tan serena y elevada como la de Vives, produjo el tratadito *De communione rerum*: es decir, sucesos históricos de gravedad bien evidente y que reposaban sobre errores de conocimiento, a la vez que planteaban cuestiones que sólo un estudio de carácter científico podía arrancar a la apasionada resolución hija de las luchas internas entabladas o de la presión que ajenas opiniones, difundidas por el mundo, ejercían contra nuestro legítimo interés de ser tomados en cuenta en la obra universal de la civilización contemporánea.

Así nacieron, de una parte, el libro de la *Psicología del pueblo español,* y de otra, la serie de conferencias sobre *Leyendas de la historia de España* que dí en la Universidad de Oviedo, a partir de 1898. A esos trabajos iniciales siguieron luego otros muchos, ya referentes a la historia de España en general, ya a la especial de nuestra dominación e influencia en América y a las actuales disputas interiores sobre la unidad o la disociación del espíritu nacional. Si todos ellos, que suman bastantes volúmenes, hubiesen de calificarse con un título común, ciertamente que sería adecuado el que empleo para la presente colección de trabajos.

Lo he querido, sin embargo, reservar para ésta exclusivamente, porque, a mi parecer, los artículos que ahora reúno corresponden a una consideración general del problema de la patria, distinta de la especial que caracteriza la *Psicología,* los diferentes libros sobre el problema hispanoamericano y aun la misma *Historia de España y la civilización española;* y por eso les viene adecuado llamarles, por antonomasia, en el conjunto de mi obra, *Escritos patrióticos.*

Pertenecen los que verá el lector en las páginas de este volumen, a épocas distintas de mi vida de publicista, aunque la mayoría de ellos los escribí dentro del siglo actual. Fueron sugeridos en cada momento por la cuestión entonces candente, el suceso que provocaba comentario o la opinión que era preciso discutir. Agrupándolos por materias, unos se refieren a la cuestión del idioma nacional; otros

a la manera de entender el patriotismo; un tercer grupo a las rectificaciones que siempre necesitó, y sigue todavía en no poco necesitando, la opinión extranjera respecto de España; y el último, al problema del patriotismo no exclusivamente referido a nuestro pueblo, sino a todos los actuales en quienes también inquieta hoy la noción de patria en sus relaciones con la de nación y la de humanidad o sociedad universal.

La colección se cierra con un artículo en que, con motivo de la reacción hispanista que se ha producido entre nosotros y en la opinión ajena, llamo la atención acerca de la mesura con que debemos proceder en la materia. En las consideraciones que esto me sugiere, como también en otros pasajes del presente volumen, de la *Psicología* y del *Ideario pedagógico,* he procurado exponer, con la mayor claridad y precisión que me han sido posibles, cómo entiendo yo el patriotismo. Podría resumir mi doctrina diciendo que nada hay a mi parecer más opuesto al patriotismo que la patriotería. Por otra parte, si en las campañas de vindicación hispanista (que por fortuna no he llevado yo solo, a lo menos, en cierta fecha), uno de los mayores enemigos que ha sido necesario combatir fué la patriotería ajena—es decir, la sobrestimación propia y el desprecio de todo lo demás—, mal ejemplo sería que, por haber triunfado en ese empeño, incurriésemos ahora en el mismo defecto que tanto daño nos hizo mientras eran otros quienes lo reflejaban sobre nuestra estimación y nuestro prestigio. Para

rendir sus buenos frutos, el patriotismo—tal como con relación a la enseñanza de la Historia lo he sentido siempre y lo he explicado en mi *Epítome*—, no necesita exagerarse, ni en cuanto al optimismo ciego respecto de la situación alcanzada, ni en punto a la comparación con los extraños; antes bien, cuando se exagera así, deja de ser patriotismo (es decir, algo bueno y esencial en el espíritu humano y en nuestra capacidad de comprender y dar realización a las agrupaciones humanas) y se convierte en el mayor azote de quienes lo sienten y comprenden de tan equivocada manera.

Quizá estamos hoy, los españoles, en la justa divisoria de los dos campos, a lo menos por lo que toca a la opinión ilustrada y serena del país; pero no quiero callar, a fuer de leal con mi patria y con mi propia conciencia, que, de una parte, no nos creo tan curados de los pasados errores de pesimismo y de disociación, que considere inútiles los más de los razonamientos que van en este libro; ni tan exentos de que algunos de los ya convencidos traspasen la línea, para dar por seguro que carezcan de motivo y de valor las llamadas a la ecuanimidad.

Hubo un momento—a raíz de una conferencia dada a los maestros valencianos en 1918 sobre *El programa de la escuela primaria,* y de otra dada en el Ateneo de León, acerca de *La inseguridad de nuestro patriotismo*—en que planeé la redacción de un *Manual del patriota español* donde hubiese expuesto mi doctrina en forma popular y práctica (es decir, de conducta), asequible a todos hasta don

de mi pluma hubiese sido capaz de alcanzar ese triunfo. Otros quehaceres y preocupaciones me apartaron del propósito. No hallo oportunidad ni tiempo suficiente para cumplirlo ahora.

Tal vez encuentre alguien materiales para esa obra en las páginas que siguen. Aunque nada valiesen en ese respecto, juzgo de mi deber incluírlas en mis OBRAS COMPLETAS. El público juzgará.

Diciembre, 1928.

I

El sentimiento del idioma patrio (1).

No hay nada comparable al regalo de oir la música de nuestro romance, de expresar nuestros sentimientos y nuestras ideas en el idioma que encarna nuestra propia espiritualidad. La carencia de esa satisfacción es para mí el hambre más lacerante, la sed más agotadora. Recibo cada conversación en castellano—o en valenciano, si la ocasión se tercia—como una bocanada de oxígeno que anima mi sangre. El día que la logro es como una desgarradura de luz a que se abren las honduras de mi alma y en que me siento vuelto otra vez a la comunidad de los míos.

Porque en medio de la vida intensa de pensamiento y de acción que significa el residir y el trabajar en medios internacionales, lo que hay de más profundo y de más propio en nuestro patriotismo sufre continuamente la privación de exteriorizarse

(1) El autor escribió el presente trabajo hallándose en Holanda, donde sus funciones de Juez del Tribunal de Justicia Internacional le obligan a vivir cada año muchos meses.

con el verbo que lo representa y que es su única exacta y completa forma de expresión. Ese sufrimiento es, a veces, muy doloroso. Nada tiene que ver con la facilidad mayor o menor de hablar otro idioma. Continúa sintiéndose aunque se dominen otros; aunque la pobre vanidad de imponer con ellos nuestro pensamiento nos halague a ratos. Es cosa distinta de la ciencia o de la destreza de un lingüista, de la vanagloria de poderles hablar a los extraños en sus idiomas nacionales, y también de la protesta contra la humillación de no entenderlos. No es tampoco el sentimiento de orgullo con que algunos hombres consideran su lengua maternal como la superior o la única en el cuadro de valores expresivos, ni, menos aún, la impertinente vanidad con que otros se lanzan al mundo desdeñando los idiomas ajenos y como quien dice: "Si quieres algo conmigo, aprende mi habla", aunque la mayoría de las veces sean ellos quienes necesiten de los demás y traten de explotarlos. No; ese sufrimiento a que me refiero toca a lo más sensible y desinteresado, a la fuente de emoción más poderosa que hay en el "nacionalismo", entendiendo éste como el sentido íntimo de pertenecer espiritualmente a un pueblo.

Desde que vivo en estos mundos extranjeros trabajando con entusiasmo cada vez creciente en la obra de la Paz y del Derecho, como antes trabajé en la obra de la cultura, he recordado muchas veces una comedia que vi siendo niño y de la cual sólo el título me ha quedado presente: *El*

pan de la emigración. Que todo lo demás se haya borrado de mi memoria—muy tenaz en recuerdos de la niñez—no tiene nada de extraño. ¿Cómo me había de interesar a mí entonces, ni cómo siquiera podía ser comprensible para un niño lo que la comedia sin duda expresaba? ¿Qué sabía yo por mí mismo—que es la única manera de saber verdaderamente las cosas de la vida—de alejamiento de la patria, de trasplante a un país ajeno, de añoranza del lugar en que se nació y del grupo humano a que se pertenece?

Pero ahora aquel título ha tomado súbitamente para mí una significación vigorosa. Cierto es que esta ausencia mía no comporta el nombre de emigración, ni mucho menos el de aquella emigración a que me parece adivinar ahora que se refería la comedia: una emigración semejante a la que contemplo y penetro a veces, aunque no me hablen de ella, en algunos rusos refugiados aquí. Pero con no ser yo un "emigrado", soy un español que se pasa casi todo el año lejos de España, en un país y en una labor intelectual que le exigen el empleo constante de idiomas extraños.

Quienes viajan por placer y, por muy largo que sea su viaje, saben bien que será un episodio en su vida (en su programa del año, tal vez) y que volverán a su patria, a lo suyo, y reanudarán el empleo cotidiano y normal de su idioma, no llegan a sentir, ni tienen motivos, esa privación del ambiente propio que pesa sobre los que saben que tardarán mucho en regresar y que no pueden em-

prender la vuelta al terruño cuando les apetezca o cuando les apriete la nostalgia. Es la privación invencible la que os agudiza el valor de lo que no podéis gozar a cada hora, en cada momento. Y es ella también la que da a cada palabra de vuestro idioma, en lo que tiene de sonoridad y de pensamiento, valores que antes no percibisteis, contenidos que antes no adivinabais, música que antes, por ser familiar y continua, dejaba inadvertidas o esfumadas sus mejores armonías, las que sacuden hasta la raíz del espíritu.

Pero salid de vuestra patria para ir a otro país de lengua distinta; emplead las actividades normales de vuestra vida en comercio de relación con hombres que hablan otros idiomas que el vuestro; prolongad la situación meses, años; adquirid la seguridad de que lo más vuestro y de vuestro pueblo, que es el pensar y el sentir, no lo expresaréis, en lo más granado de vuestra obra espiritual, con el instrumento lingüístico que ha surgido de la entraña misma de esos sentimientos y de esas ideas; y veréis entonces cómo, cada día, las palabras más insignificantes de vuestro idioma adquieren una importancia muy grande y os unís a ellas con un amor más ardoroso, con un ansia de tenerlas siempre en vuestros labios y oírlas resonar en vuestros oídos, ansia que acaba por convertirse en un sufrimiento irresistible.

Hay en la literatura norteamericana un cuento, muy hermoso, historia dolorosa de un hombre que maldijo de su patria y a quien se le impone el cas-

tigo de no volver jamás a ella y que de ella no le hable nadie nunca (1). Pero ese hombre, a quien consume la tristeza de no poder contemplar más los campos y las casas que vió y frecuentó en su niñez y en su juventud, puede hablar su idioma; y mientras tenga con quien usarlo, estará en su patria aunque no pise el territorio de ella. Quienes lo castigaron fueron clementes con él, no obstante la dureza de la pena impuesta; o quizá el autor del cuento no llegó a concebir aquel máximo de penalidad, porque el solo alejamiento de la patria y la privación de saber de ella, por ser cosas materiales y a primera vista perceptibles a todos, le parecieron más fácil motivo de emoción para las gentes a quienes pretendía aleccionar con su cuento, que la privación del idioma, cosa menos sensible para la mayoría de los hombres y de más difícil representación para todos.

Yo bien sé que para algunos de los que experimentan esa privación del idioma como medio normal de su vida de relación, el hecho no despierta la sensación de dolor espiritual que antes pretendí describir. Me he encontrado con bastantes de ellos en mis viajes. Pero siempre me producen la impresión de ser hombres que, aun sirviendo (en el caso más favorable) a su patria en variedad de esferas y de intereses, han perdido el contacto espiritual con ella y tienen adormecido o casi borrado el verdadero sentimiento patriótico.

(1) El cuento es de Edward Everett Hale, y se titula *El hombre sin patria.*

Después de lo que antecede en este artículo, quienes me lean comprenderán, no obstante esas excepciones (así lo espero) por qué, para mí, las visitas de España que aquí me llegan las apetezco vivamente—aparte la relación personal que cada una significa—, aun más que por darme ocasión de hablar de España, por permitirme, a toda rienda y para toda especie de asunto, hablar mi idioma, que es la bandera espiritual de mi pueblo, la obra más genuina y más alta que ha producido su historia y su más vivo e inconfundible retrato.

II

El idioma nacional.

Con motivo de la discusión del Mensaje, se ha debatido varias veces en el Senado y en el Congreso la cuestión del castellano y el catalán. En conjunto nada nuevo se ha dicho, y aun añadiré que, a mi juicio, ni los catalanistas ni sus contrarios han acertado a plantear la cuestión desde los dos únicos puntos de vista según los cuales merece debatirse. Si algún orador ha dicho *algo* de lo que luego explicaré, ha sido, no como argumento o consideración principal de su discurso, sino incidentalmente y, por tanto, sin el relieve necesario para que hacia ello se enfocasen las miradas de los que ven en el idioma algo más que una plataforma con que atacar a los gobiernos, contestar a esos ataques con un puro fin político o entusiasmar a las muchedumbres en quienes el resorte sentimental suele ser más fuerte que el intelectual.

Comienzo por hacer observar que si se hubiese estimado la cuestión desde los dos puntos de vista aludidos, y que luego diré en qué consisten, no se hubiera perdido ni dos minutos en discutir si el ca-

talán es lengua o dialecto. Siempre he creído que es lengua, y no veo posible negarlo en buena doctrina filológica y por poco que se sepa cómo se formaron los modernos idiomas europeos. Pero eso no importa nada para lo que ahora preocupa a catalanes y no catalanes. Idioma o dialecto, lo tienen como cosa propia y distintiva algunos miles de españoles, quienes lo usan en su conversación diaria, en su correspondencia y en muchas de sus publicaciones, y es, con esto, un *hecho social* que trae su fuerza del número de personas que contribuyen a realizarlo y del amor con que lo realizan. Suponiendo que filológicamente fuese *dialecto,* aquel hecho lo hubiese elevado socialmente a la categoría de *idioma,* que es de esperar se salve incluso de los empeños con que los arcaísmos y neologismos de algunos eruditos parecen aspirar a que los mismos catalanes no entiendan el catalán *nuevo* que se les quiere imponer.

Pero repito que no es eso lo que importa. Tampoco el punto de vista sentimental que muchos oradores han aducido, ya en pro del catalán, ya en pro del castellano. ¿Quién puede discutir el amor que cada cual tiene al habla que aprendió en su niñez o a la que usa corrientemente en su virilidad? Y menos aún, ¿quién puede pretender que ese amor desaparezca por virtud de disposiciones legislativas, ni que el Estado, en cualquiera de sus organismos (desde el Consejo de Ministros al Ayuntamiento más modesto, que todo es Estado español), tenga derecho a imponer a sus ciudadanos el abandono

de cosa que halaga las más íntimas fibras del espíritu y canta en ellas una de las poesías más hermosas y espontáneas de la vida del hombre?

Soy hijo de una provincia bilingüe y en mi casa paterna se habló juntamente castellano y valenciano. Igual amor tengo a uno y otro decir; y aunque sea el castellano el que continuamente uso en mi vida profesional, literaria y doméstica, siempre que vuelvo a mi tierra nativa o me encuentro con un comprovinciano experimento un elevado placer espiritual en hablar el idioma regional, que evoca en mí recuerdos adorables y es el símbolo del trozo de España en que granó mi niñez y comenzó a desvelárseme el espectáculo del mundo.

Pero todo esto, que tiene un valor sentimental enorme, digno de todo respeto y de todo cultivo, no tiene apenas cotización en la vida práctica, en el orden de relaciones en que se mueven nuestros intereses, nuestra representación social y nuestras vinculaciones universales. Es algo lírico y amable a que se acude como a la evocación de todos los recuerdos gratos de nuestra juventud: nuestros primeros amores, nuestras amistades infantiles, nuestros juegos, nuestros triunfos de colegial, sabiendo que todo ello es *historia pasada,* sin acción sobre la presente cuyo ritmo y orientación no tenemos derecho a detener un punto con el peso romántico de lo que ya tiene su función estética en la intimidad de nuestro espíritu.

La realidad nos llama, por el contrario, a otro campo. Ella nos dice que la Historia ha forjado una

unidad nacional y política cuya vida espiritual se expresa mediante otro idioma que el que hablamos con nuestros amigos de la infancia y nuestros labradores regionales, y que aquel idioma es nuestra representanción internacional y nuestro lazo de inteligencia con millones de hombres. Pudo haber sido otro de los que durante la Edad Media se hablaron en España. Sentimentalmente, nos hubiera alegrado quizás que fuese el de nuestro rincón. Pero no fué ése; y los siglos han ido ratificando y ensanchando el dominio del otro, como en casi todas las naciones de Europa se ha impuesto *uno* de los muchos que trajeron los diferentes grupos humanos invasores, o que formaron las gentes en el período de transformación de la Edad Media.

Ese idioma triunfador por obra de la Historia (que se impone a la voluntad de los hombres, por lo mismo que contribuyen a realizarla todos y no se mueve al arbitrio de un solo grupo, aunque así lo crea, a veces, el orgullo humano), ha sido el que ha creado nuestra personalidad en el mundo y el que constituye nuestra bandera ideal frente a otros idiomas que significan civilizaciones, aspiraciones y sentidos de vida distintos; quizá también, latentemente, peligros y amenazas para nuestra representación en la obra humana universal.

Ese idioma, expresivo de nuestra unidad nacional, apellido único con que el mundo nos conoce, nos estudia y nos cotiza, está amenazado por la concurrencia de otros en campos de encuentros étnicos que ya van marcando una epopeya secular.

Esgrimiéndolo como arma poderosa de comunicación y penetración, extendemos o procuramos extender nuestra influencia ideal, nuestra colaboración civilizadora y nuestras relaciones comerciales. ¿No es, por tanto, ir *contra nuestros intereses* querer debilitar esa fuerza, empeñarse en disminuir el número de hombres que la pueden utilizar, o crear dificultades en el camino de los que deseen entenderse con nosotros, al imponerles que para ello aprendan, no uno, sino dos o más idiomas? ¿No han de ser forzosamente las regiones que esto procuren las primeras en sentir los efectos de esa nueva barrera, de ese aislamiento inevitable que supone el uso de un distinto medio de comunicación verbal? Y todo esto, en fin, ¿no es claro que tiende a disminuir nuestras posibilidades de relación y de influjo en el mundo y la impresión de fuerza que emana de lo que se muestra en la lucha internacional como un todo unido y robusto?

Los españoles que viven en América pueden contestar a esto aún mejor que los que viven en España. Ellos, que ven de cerca uno de los aspectos más graves del problema del idioma, y que están alejados de la lucha política que aquí, como en todas partes, envenena los corazones y enturbia las inteligencias de unos y de otros, podían decir, a quienes descuidan esos elementos de juicio, lo que al comenzar estos renglones anunciaba yo como su fundamento principal, esto es: que los dos puntos de vista únicos desde los cuales un pueblo de sentido práctico y de conciencia de su responsabilidad exterior

puede discutir la cuestión del idioma *nacional* y de los idiomas *regionales*, son el de su acción internacional y el de sus conveniencias económicas y espirituales. Para una cosa y otra hay que emplear el instrumento más fuerte, más fácil para penetrar en las filas ajenas y más representativo, y procurar ahincadamente que no se debilite ni se acorte su uso entre todos los hombres nacidos en tierra española o de ella derivados. Esto y no otra cosa es lo *que nos conviene*.

Y ello no se opone al cultivo amoroso de los idiomas regionales en la sagrada intimidad de la vida familiar y privada y en el campo glorioso de la Literatura, que halla irresistible impulso y calor de inspiración para las grandes creaciones en el empleo del habla materna, por sí sola poesía y arte para quien la escucha con el corazón; pero que no puede ni podrá jamás destruir la barrera que a su difusión y reconocimiento por los demás hombres opone, irremisiblemente, la reducida área en que viven los idiomas que no son patrimonio de pueblos numerosos y de dilatada progenie. Esto es una melancólica verdad para muchos; pero es una verdad expresiva de un hecho contra el que es inútil toda oposición. Y es hora ya de que, pensando en nuestros destinos, vivamos con la verdad (por mucho que nos amargue sentimentalmente) y no con la fantasía.

III

El español fuera de España.

Al iniciar mi colaboración en el *Diario Español*, de la Habana, creo muy conveniente decir cuál será el criterio fundamental que en ella me guíe. Esa conveniencia estriba ante todo en el hecho—que no necesito razonar poco ni mucho—de que mis artículos hablarán, la mayoría de las veces, de España y de gentes españolas; y eso es siempre motivo de preocupación para propios y extraños. Recelan unos vanidad y optimismo sin fundamento; otros, pesimismo o, cuando menos, repetición en tierra ajena de las luchas que aquí nos dividen y nos conducen a despreciar lo que estimamos contrario a nuestros especiales intereses e ideas, sino es que maldecimos de ello. No somos, por cierto, en este punto, diferentes de los otros pueblos. Cuanto más viva es la efervescencia ideal, más violenta es la lucha y más enconada en todas parte, sin que debamos quejarnos de que así sea, porque cuando esa lucha se hace con lealtad, antes puede estimarse como signo de vida y adelantamiento que de disolución y ruina. Pero lo peculiar

nuestro consiste en otra cosa: en ventilar nuestras diferencias y aun nuestros odios (compadezco a los capaces de sentir odios) en todo escenario que se nos ofrece, sin pensar en el daño que hacemos a nuestra patria y en las armas que proporcionamos a quienes quisieran hallar en todos nuestros actos motivos de censura o de menosprecio. Y como yo soy enemigo declarado de esa peculiaridad, quiero definir bien mi actitud para que desde luego sepan mis lectores a qué atenerse.

Ese prurito indiscreto a que aludo, no es más que una expresión irreprimible de dos defectos españoles, uno actual y, a mi juicio, pasajero; el otro, ya cargado de años y aun de siglos, y no sé si corregible. El primero, es nuestra tendencia a encontrar malo todo lo propio o, por lo menos, inferior a lo extraño; y eso, en todos los órdenes de la vida: manifestación de nuestro pesimismo y desconfianza en lo que hacemos hoy, en lo que podremos hacer mañana y aun en lo que hicimos antes de ahora. De este particular he hablado diferentes veces; y como, por otra parte, es tópico vulgar que todo el mundo repite, incluso citando aquel verso de Bartrina que rueda de boca en boca (sin que haya muchas capaces de recitar la poesía entera), me limito a señalarlo. Creo, además, que en este punto vamos corrigiéndonos bastante, sin dar en las rodomontadas que nos achacaran en otro tiempo quienes eran entonces nuestros enemigos y competidores en la política europea, condición que basta para recelar de parciali-

dad; pero como, así y todo, aun quedan muchos jeremías que insisten en ser para su propio país el reverso de la medalla del célebre doctor Pangloss, hay que tener en cuenta esa debilidad perniciosa.

El otro defecto emana del personalismo de nuestras luchas, del individualismo hosco en que aún nos aislamos las más de las veces unos de otros, sin acordarnos de que todos somos españoles y, queramos o no, colaboradores en la misma obra nacional que nos empuja y nos aprovecha conjuntamente a todos. Ese personalismo y ese individualismo (que es frecuentísimo, pero no general, puesto que a menudo lo contradicen admirables ejemplos de tolerancia y de cooperación), son los padres de la envidia, que constituye uno de nuestros pecados endémicos, menos grave, no obstante, que otros que se achacan a diversos pueblos de Europa. Y todos tres, los padres y la hija, son, en quienes los padecen (muchos todavía, por desgracia), más poderosos que el patriotismo, más que el amor a las ideas en que se comulga y por que se lucha, más que el interés de la escuela, partido o comunidad a que cada cual pertenece. Así se ve con cuánta frecuencia los ataques que de esas lacerias del espíritu emanan, caen sobre los "correligionarios" con más dureza aún que sobre los que no lo son (quizá porque éstos hacen o pueden hacer menos "sombra"), si es que no se hermanan con benevolencias absolutamente injustificadas para con los enemigos; que también eso ocurre.

Sería preciso conocer muy a fondo la psicología viva de todos los pueblos civilizados, o de muchos de ellos, para decir si esto que acabo de declarar en punto al mío existe o no, también, en los otros. Es posible que sea un defecto humano, es decir, de todos los hombres, o de una mayoría de ellos, más y más perceptible a medida que se penetra en las intimidades de la vida de cada grupo. Por lo menos, autorizan a pensarlo así las cosas que oye uno de vez en cuando a gentes de otros países respecto de compatriotas suyos, y las intriguillas que en todas partes es fácil sorprender a poco que se observe cada profesión, clase, partido, etc. Pero lo que me parece indudable es que nosotros lo sacamos más al exterior y lo voceamos con más violencia, de modo que lo hacemos más visible a los ojos de todo el que observa nuestra vida nacional; y que por muchas que sean las crudezas de sus luchas interiores, todos los pueblos, menos nosotros, se guardan mucho de hablar mal de sí mimos, ni de sus hombres útiles, en cuanto traspasan las fronteras. Para ellos, el compatriota es tan sagrado como la patria frente al auditorio extraño, porque saben bien que todo ataque, lo mismo si se dirige a un individuo que a la colectividad, es una parte de prestigio que se pierde ante el juicio ajeno, naturalmente propenso a exagerar las cosas o, por lo menos, a ponerlas sin discusión bajo el imperio de la conocida sentencia: "a confesión de parte, relevación de prueba."

Nosotros, por el contrario, parece que nos complacemos en denigrar lo propio, colectivo e individual, ante los extraños. Vaciamos en los oídos ajenos, sin pensar en los resultados de nuestra intemperancia, todo el saco de nuestras desilusiones, de nuestros rencores, de nuestras antipatías, de nuestras venganzas o simplemente de nuestro descreimiento en el valor de la obra española, como no sea la personal y la de algún pariente o amigo de momento; y en seguida, nos quejamos de que no nos estiman más allá de las fronteras, de que no creen que valgamos para maldita la cosa y protestamos contra esos juicios en nombre de nuestro "patriotismo."

Antes de pasar adelante, diré que por la fuerza de la costumbre, he venido hablando en plural de estas cosas; pero el plural, en este caso, es una inexactitud. Precisamente en lo que quiero venir a parar es en que mi criterio difiere por completo de ese que he descrito y que censuro, y por tanto que el "nos" no me coge ni en lo más mínimo. Pocas cosas me causan más tristeza que la lectura de buen número de colaboraciones españolas en periódicos extranjeros o que se publican en el extranjero, y que invariablemente contienen la censura de un hombre o de una obra española, la confesión de un pesimismo respecto de nuestro presente, la lamentación de algo que se considera como defecto único o exclusivo de nuestro pueblo, o la aquiescencia a cualquier juicio desfavorable de nosotros y a cualquier desprestigiada leyenda

calumniosa de nuestro pasado. Lo grave es pensar que tal vez muchos de los que así escriben se consideran como muy patriotas, y acusan a los demás de poco patriotismo, y quizá son sinceros al hablar así; pero es indudable para mí se equivocan completamente.

El patriotismo, ni se prueba, ni gana lo más mínimo con vocear en la casa ajena los defectos reales o ilusorios de la patria. Se prueba y sirve al fin que lo guía, corrigiendo dentro de casa esos defectos, cuando verdaderamente se comprueban, y contribuyendo con obra positiva al mejoramiento de todos los órdenes de la actividad nacional. De afuera no han de venir a mejorarnos, ni sería posible si nosotros no pusiéramos en ello nuestra mejor voluntad en vez de gastar nuestras fuerzas en lamentaciones o en lanzadas contra lo que personalmente nos estorba en el suelo patrio, cosas u hombres. Por el contrario, no hay más eficaz obra de antipatriotismo ni daño mayor para el prestigio del país a que se pertenece, que el que deriva de censurar un día y otro, ante pueblos extraños, lo que de la patria procede, o mostrar al desnudo nuestras luchas pequeñas y nuestros personalismos que a veces dan el curioso espectáculo de echar por los suelos hoy lo que hace pocos días se ensalzó como meritísimo. Quien eso hace, si procede de buena fe, es un equivocado digno de lástima y de advertencia; y si procede de mala fe, merece ser arrojado de la comunidad ciudadana de sus compa-

triotas, sin derecho a invocar el sagrado nombre de España.

Tengo la tranquilidad de conciencia de haber hecho todo lo contrario en todas las ocasiones—y han sido y siguen siendo muchas—, en que han podido oírme o leerme públicos no españoles. Lo mismo haré aquí; y si en este primer artículo ha sido forzoso referirme a defectos de nuestra psicología, adviértase que era inexcusable y que he tenido buen cuidado de decir que ni son de todos los españoles, ni exclusivos de nuestro pueblo.

Esa conducta mía obedece, no solamente a la seguridad que tengo del daño que produciría a mi patria procediendo de otro modo (siendo, por tanto, de hecho, aunque me guiase la mejor intención, traidor a ella), sino también porque creo que lo exige el más elemental deber de relación con los demás hombres. ¿Qué servicio se presta a la humanidad haciéndole creer que un grupo de ella no sirve poco ni mucho para la obra común de la civilización, o restándole todos los días la confianza en un hombre de ciencia, en un artista, en un literato cuya obra estimaba aprovechable o lo es verdaderamente, aunque no sea aún conocida? Por el contrario, la afirmación y la explicación de lo que cada pueblo tiene de útil para la cooperación humana (¿y cuál es el que no tiene algo y aun algos?), la revelación de sus esfuerzos por valer más cada día, el recuento de sus aportaciones al acervo común de la ciencia el arte, la economía, el derecho, etc., son otros

tantos acrecentamientos de la riqueza general humana y otros tantos estímulos y motivos de ánimo y de esperanza para todos.

Eso es lo que hay que decir a las gentes, como oferta positiva que cada país hace a los demás para que utilicen sus creaciones como él utiliza las de los otros; y si se hace sin espíritu de orgullo, con la serena sencillez del que expone lo que tiene, sabiendo que aun le queda mucho por dar y, desde luego, mucho que aprender de los otros, ¿quién censurará ese patriotismo, ni quién podrá quitar valor a lo bueno realizado porque también haya en aquel pueblo defectos y lacerias, como en todos los hay? Y nada quiero decir del soplo de optimismo que eso arroja sobre los españoles que en país ajeno, desconocedores quizá de muchas de las mejoras alcanzadas por su país, desesperan a menudo de él porque sólo les han mostrado lo que le falta o lo que le afea. Y como la vida se mueve por la fe en el esfuerzo propio y por el entusiasmo que para la acción da la fe, excuso explicar la obra de patriotismo que así puede hacerse.

En lo que yo pueda, seguiré haciéndola mientras viva.

IV

De rebus Hispaniae.

Un amable corresponsal, para mí anónimo, Fray Cotoleno, me dirige desde Montevideo una carta muy bien escrita y cuya lectura ha sido para mí muy grata.

Me dice Fray Cotoleno que está conforme conmigo en cuanto al modo de ver la situación española, esto es, en verla en su realidad y poder así presentar a España tal cual es: no exenta de graves defectos (como cada hijo de vecino... internacional), pero tampoco desprovista de grandísimas virtudes.

Yo que veo desapasionadamente la actual situación de mi patria, estoy firmemente convencido de que hoy andamos una cuesta arriba en nuestro camino; y como noto el poderoso esfuerzo que desplegamos por llegar pronto a la cumbre, estoy seguro de que lograremos dominarla.

No me desorienta en mi observación el hecho de que aquí sobresalga—y para muchos sea la única visible—una clase social: la de los políticos. Quizá, quizá, esta clase (que en todas partes exis-

te) sea la que menos tenga que ver con nosotros, aunque sea la que nos domina y aplasta.

Pero bajo ese mundo que bulle, bajo ese mundo que ha traído a España la ruina interior y exterior en casi todo aquello a que llega el Estado, vive otro mundo silencioso, humilde, en quien vibra fuertemente el amor a la patria, que sabe lo que constituye el ser hombre, y por eso estudia; y estudia con el afán de lograr para España un lugar entre todas las naciones más civilizadas. En él, ya no se canta la Marsellesa; mas en cambio, todos los días se reza al Dios Trabajo, Nuestro Señor, con la fe del que dijo "lo primero es trabajar, después orar".

Aquí en España, en esta España en donde todos no bailamos al son de la pandereta, se trabaja con una fe, con un ardor y con una constancia que nos edifica y nos fortalece, a los que vivimos en el foco de la vida engendradora, en la convicción de que puede nacer la patria nueva que deseamos.

Esta vida de trabajo hállase oculta por la vida de los que "mangonean" (perdón por esa palabra de mal gusto); está oscurecida por el aparato de que ellos disponen; vive escondida porque es humilde, porque es discreta, porque teme, porque no sabe si su obra llegará a ser tan buena como su alma la concibió un día de anhelo, arrojándola temblorosa al surco que el arado abría en la madre tierra.

* * *

En la tierra española, a la que amamos cada día más sus hijos, está depositada la semilla de la gran obra del porvenir. Una juventud fuerte, en gran parte aún anónima, inquieta por el presente y por el mañana, y tan animosa y viril como nadie puede imaginarse sino conociéndola, la cuida y la hará florecer.

Esa juventud llena de brío, llena de afán por el engrandecimiento de este país donde la mentalidad de los hombres es compleja y amplia para recibir todas las lluvias del pensamiento, tiene además una nota de tolerancia y humanitarismo que hace revivir una parte esencial de aquel Don Quijote, dios de nuestra patria admirado y reconocido en todo el mundo como símbolo del alma nacional en lo más puro y alto que tiene.

Nosotros, puesta la vista en el ideal, esperamos ocupar, el día que nuestra situación nos lo permita, el sitio que nos corresponde, no entre los "amos" del mundo, sino entre los trabajadores y engendradores de almas.

Me dice mi anónimo corresponsal americano que los pueblos que no tienen héroes deben de inventarlos. La cosa no me parece fácil; pero desde luego me parece más noble que lo que suelen hacer algunos españoles: negar los que tenemos.

En esto del patriotismo nos ocurre una cosa singular: los verdaderos patriotas no hablan, trabajan, y los zánganos murmuran a todas horas de la patria y entretienen así su holganza. ¡En algo han de pasar el tiempo!

Estos desgraciados reciben hoy una lección ejemplar que no sé si sabrán comprenderla y aprenderla: Una lección que está dando la Europa en guerra, con la gran elocuencia de los hechos y con la gran elocuencia que da el poner la vida en lo que se trata de probar.

En toda la Europa donde hoy arde la guerra, el patriotismo se halla en un período de exaltación que conmueve el ánimo; y en todas las naciones, los hombres antes separados por ideas o por intereses, sienten la solidaridad de la patria con una viveza y con una energía que parece ser la oración que redimirá a los hombres de este gran pecado de la guerra.

Se está demostrando lo que es, lo que vale y lo que puede la gran virtud que significa el amor a la patria. Todos debemos aprovechar la lección y convencernos de que para ser ciudadanos del mundo lo primero es ser ciudadanos de la propia patria.

Yo no entiendo el patriotismo a la manera de los patriotas de campanario. Esos patriotas que no ven nada superior a lo que se da en el escaso espacio de su terruño y que juzgan malo todo lo que vive fuera de los límites de su estrecho mundo. Yo no quiero reducir la vida a una especie de aguas muertas; al contrario, deseo que el río de la vida de mi patria corra magnífico, que reciba en su madre otras vidas y que por fin se confunda en un mar que sea el de la vida universal. Pero tampoco quiero que nuestra fuerza

y nuestro valer se niegue, porque entonces nos negaríamos a nosotros mismos y dejaríamos de ser factor útil en la obra del progreso humano, obra que es, en definitiva, la misión del hombre en la tierra.

Si yo no entiendo el patriotismo adulando a la madre patria, tampoco—mucho menos—lo entiendo denigrándola. Creo que el justo medio se encuentra en proceder con arreglo a la verdad.

Si la verdad es triste, hablando de ella con dolor muy grande. Si la verdad reconforta el ánimo ¿por qué no echar las campanas a vuelo, si lo mismo aquí en España que en otros lugares más felices, las fiestas grandes no son cosa de todos los días?

No comprendo este defecto nacional nuestro que consiste en denigrar a la patria, si no es como antes lo explicaba: es decir, achacando a la patria los propios defectos de cada censor.

Bien sé que en todas las literaturas se ha producido el escritor satírico; y el escritor satírico ¿no es un censor de la vida de su nación? Cierto. Pero del escritor satírico al murmurador hay una gran distancia. De "Figaro" al español que insulta o niega a su patria en el extranjero, va un mundo.

Ahora mismo estoy hablando de un defecto que en mi patria se da, como en los trigos se da la cizaña; pero bien sabe Dios con cuánta tristeza escribo esto y que sólo lo hago con el consuelo de pensar en el remedio de ese mal. No siento más que pena al tratar de este gran error, y tra-

to de él con el afán de prevenir a los que no son compatriotas míos para que desconfíen del español que hable complacido de nuestros defectos y pecados.

* * *

Encuentra bien Fray Cotoleno mi sinceridad, y agradeciéndole mucho su carta, he de anunciarle que en otros artículos sucesivos hablaré a ese público del Uruguay de cosas que a él le han de ser muy gratas por su amor a España.

Yo escribo de España; pero mi primer deber lo tengo contraído con la verdad. Téngase, pues, por seguro, que no he de faltar a ese deber. Así reclamo del lector que me crea a mí antes que a los que calumnien a España. Hoy he hablado de tristes cosas que mi corresponsal me recuerda; mañana hablaré de instituciones españolas que deben ser conocidas en América, porque a su vida espiritual le importan; y le importan porque está su alma hermanada, en este respecto, completamente con la nuestra.

1915.

V

El libro patriótico.

Por un reciente decreto, nuestro ministro de Instrucción Pública ha creado un concurso para premiar el mejor libro "dedicado a dar a conocer a los niños lo que es y representa España y hacerla amar". Ese libro se declarará de texto y lectura obligatoria en todas las escuelas nacionales.

Esta resolución ha provocado una tempestad de críticas. Descartando las que están inspiradas (aunque no lo declaran explícitamente) por ese pesimismo en cuanto al presente, al pasado y al futuro del pueblo español, que aun perdura en un pequeño grupo de nuestros intelectuales, cabe decir que la mayoría de ellas responden al recelo de que el libro deseado por el ministro sea una obra partidista, destinada a ensalzar una España acomodada al ideal de parte tan sólo de nuestra opinión (la formada por las extremas derechas políticas y por el capitalismo) que se quiere imponer a las futuras generaciones a través de la escuela primaria.

Yo no diré si el recelo es o no fundado, porque

no puedo juzgar de las intenciones de los hombres (sean o no ministros), mientras no se revelen por alguna manifestación auténtica. Claro que cabe "presumirlas" dada la orientación ideológica de los individuos; pero esto no basta para los casos concretos y, además, en el presente, podría ser (de existir la intención) hasta una inocentada. En efecto. El plazo del concurso es de ocho meses. El jurado calificador lo compondrán: tres académicos de las Reales Academias de la Lengua, la Historia y Ciencias Morales y Políticas; un consejero de Instrucción Pública; un catedrático de la Universidad Central, un profesor de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio y un periodista, todos propuestos por las respectivas corporaciones o asociaciones.

Ahora bien; en cuanto al ministro, nadie puede decir quién lo será dentro de ocho meses. Lo más seguro es que no lo sea el actual, y aún, que haya variado dos o tres veces la persona. Podrá ser un super-conservador o un liberal de la extrema izquierda.

En cuanto al jurado, su complejidad es garantía contra connivencias partidistas, "prima faciae". No es verosímil que todos esos centros proponentes den un resultado concomitante con la política del ministro actual. Mala señal para ellos si así fuese. Entonces, la censura les tocaría de una manera casi absoluta y alcanzaría a una zona extensísima y muy importante de la opinión pública española. Pero no nos pongamos en lo peor. Sería

eso tanto como reconocer de antemano que carece de peso entre nosotros toda dirección ideológica (y por tanto, su reflejo en el concepto de la Patria española) que no concuerde con la del recelado ministro creador del concurso. Aun suponiéndole, pues, intención en el sentido a que se refieren las críticas aludidas, lo más probable es que le salga la criada respondona.

Pero, además, si no nos decidimos desde ahora a creer en una arbitrariedad sistemática, que nadie tiene derecho a lanzar "a priori" sobre los futuros jurados, las condiciones del concurso son ley que está por encima de todas las voluntades y de todos los partidismos. Pretender saltarlos sería provocar un escándalo tan formidable, que el concurso perecería en él.

Y esas condiciones no son alarmantes, justo es decirlo. Su espíritu está expuesto en el preámbulo o exposición de motivos del Decreto, que a mí me produce, en conjunto, la impresión de haber sido escrito bajo la influencia del "Maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia". El preámbulo no cita ese libro, naturalmente. Menciona otros, cuya contextura es muy diferente de la de aquél en los más de los casos; pero esa misma disconformidad afianza la sospecha de que la fuente del pensamiento ministerial se halla (y con esto no digo censura alguna, si no todo lo contrario) en la admirable obra de Selma Lagerlof. Escribe, en efecto, el ministro, refiriéndose al libro de lectura cuya producción desea, lo siguien-

te: "Libro que se concibe cual guía fidelísima adaptada a la mentalidad infantil, de "un viaje ideal a través de todas las regiones hermanas" componentes de la "Madre Patria" y en que los niños, los viajeros simbólicos, puedan grabar en su espíritu, como síntesis imborrable, no sólo la visión de un hombre histórico, sino la representación de éste en sus aspectos agrícola, industrial, comercial, cuanto constituye los múltiples motores que impulsan la actividad de los pueblos en la vida civilizada de las modernas agrupaciones nacionales, y al propio tiempo aquellas evocaciones pretéritas que la vista de los lugares y monumentos rememora".

Como se ve, la correspondencia con el libro de Selma Lagerlof es completa; y repito que para mí no es esto una censura, sino un elogio. En todo caso, bien se comprende que una descripción de España tal como la que aquí se propone, con sus evocaciones históricas y todo, lo mismo puede ser aprovechada por un proselitismo blanco o rojo que servir (y esa sería la fija, no impedida por el concurso mismo) a la verdadera finalidad patriótica, que está por encima de los partidos y tiene en sí misma, en la realidad de lo que es y de lo que hizo cada nación, materia bastante para despertar en el espíritu de los niños aquel movimiento de interés y de confianza en la tierra donde nacieron y en el pueblo a que pertenecen, que asegura su colaboración futura como ciudadanos en el cultivo de las virtudes colectivas, en el des-

arrollo de los medios naturales y espirituales y en la corrección misma de los defectos o de las tendencias peligrosas que todo grupo humano tiene y contra las que él mismo, antes que nadie, debe ejercer vigilancia.

Si ese libro llega a escribirse y el jurado posee el sentido estrictamente patriótico a que le llama el concurso mismo, es indudable que se dotará a nuestras escuelas de un instrumento de educación eficaz siempre, y tanto más provechoso cuanto más haya sabido el autor amoldarse a las condiciones verdaderamente pedagógicas que exige la literatura infantil; no sólo para interesar a sus lectores, sino para no descarriar la inteligencia de éstos por el camino de los ditirambos, la patriotería, la sobreestimación del pasado o, contrariamente, el pesimismo, el escepticismo y hasta el menosprecio de la colectividad a que se pertenece en lo que fué, en lo que es y en lo que será, o en alguno de esos aspectos.

Para llegar a ese libro, no faltan precedentes en nuestra literatura, incluso en la escolar; pero unos se escribieron pensando en un público muy diferente del de la escuela y para servir a fines generales de hispanismo y de destrucción de leyendas; otros, están faltos de condiciones literarias. Requiérese ahora un buen escritor que ponga su pluma atractiva al servicio de una obra de ecuanimidad y de educación, de modo que aprisione fuertemente la atención de los lectorcillos que han de

manejar su libro, sin exceder los límites de la comprensión de éstos.

Uno de los términos del problema propuesto por el actual ministro, está, precisamente, en saber si poseemos ese escritor adecuado.

Siendo capital ese término (puesto que sin su resolución afirmativa el concurso será un fracaso), no lo es menos para mí el correspondiente a la cuestión sustancial que en el fondo agita el decreto comentado, a saber: la del aspecto patriótico de la educación, que hasta ahora habíamos desatendido, mejor dicho, que había desatendido el Estado. Esta iniciativa del ministro Sr. Silió, marca el primer paso en el camino que hace tiempo debió emprenderse.

Porque lo cierto es que nuestra enseñanza primaria no ha recibido hasta ahora del Estado—que es quien la sostiene y, aparentemente, la dirige—, otro cauce que el abstracto que representa el señalamiento de un programa de materias (lista de asignaturas, que diríamos usando un término propio de otros grados de enseñanza), sobre cuyo contenido y sobre cuya orientación (intención educativa), nada añadían los Poderes Públicos. Así, esos dos extremos quedaban entregados completamente a las intenciones y al buen saber y entender de los maestros públicos, cada uno de los cuales escribía sus libritos de texto y los imponía en su escuela, o adoptaba los de otro maestro o editor conocido. Seguramente, no habrá otro país en que más numerosa y variada sea la literatura escolar del grado primario.

Y así sucedía (y sucede) que mientras las escuelas regionalistas o partidistas, bien dirigidas, seguían una orientación común y sistemática, destructora del patriotismo nacional o de la convivencia tolerante de todos los españoles, las del Estado, las que se llaman "Escuelas nacionales", carecían de plan uniforme de dirección clara y sostenida, de timón manejado por quien supiera exactamente dónde debe dirigirse la educación general.

Ya era hora de que abordásemos el problema; porque es indiscutible que el porvenir de las naciones, para todas las contingencias de todo orden que pueden sobrevenir, estriba muy singularmente en la mayor homogeneidad y solidaridad posibles de los hombres que la forman, y que para llegar a ese resultado es absolutamente necesaria una educación de sentido patriótico, tan lejana de la patriotería vanidosa y agresiva, como del latitudinarismo internacionalista o los escepticismos y menosprecio de los impacientes y los extranjerizados.

1921.

VI

Hispanólogos e hispanófilos.

Las presentes circunstancias políticas, que han venido a refrescar en Europa la memoria de nuestra casi olvidada y desgraciadísima nación, constituyen nuevamente en actualidad todo lo relativo al juicio que los extraños—y particularmente los que son autores de libros y artículos—suelen hacer de la España de hoy y de la España de otros días. Si fuéramos a guiarnos por la pasión, fácil sería resolver este punto con sólo entrar en cualquiera de los dos opuestos y exagerados bandos que discuten aquí sobre lo mismo, con criterios tan extremos y radicales, que no sólo hacen imposible todo acuerdo, más desnaturalizan y extravasan la propia cuestión que se examina. Lo ordinario, en efecto, es que unos—los *chauvinistas*—supongan inmejorable, y aun superior a todo lo ajeno, lo de casa, despreciando la ayuda y concurrencia de esfuerzos que de fuera vengan para la obra de nuestra educación, como si ésta no fuese de suyo labor común y constante en que juega toda la humanidad culta, mediante influencias y

rectificaciones recíprocas; mientras otros—los *extranjerizados*—suponen, no sólo que es mejor lo de ajenas tierras—en lo cual bien pueden llevar razón, a veces—sino que nada bueno hay en España, mereciéndoles fe únicamente, o cuando menos fe más pura y firme, el testimonio y juicio de autores extranjeros, de quienes casi llegan a decir "que no pueden engañarse ni engañarnos." Semejante extravío no es de ahora en España, puesto que ya nuestro Ambrosio de Morales se quejaba de lo propio en pleno siglo XVI: "Somos infamados los españoles de Tito Livio—decía—por amigos de novedades, y añadimos sobre esto otro daño mayor, que es extraño hastío que los españoles en este tiempo tenemos de nuestras cosas propias, como si fuesen las más viles y apocadas del universo las desdeñamos: y nos preciamos de lenguas, trajes, manjares, servicios, usos y costumbres extranjeras. Y a vueltas de esto, no tenemos en nada saber las cosas de nuestros pasados, ni nos acordamos de leer sus hechos, ni mirar sus ejemplos, por saber qué hizo el otro en Grecia, o en Roma, o en otra región donde aquello podía ser acertado..." Y añade en otro sitio, remachando el clavo con dura exactitud: "...Por culpa o negligencia de nuestros naturales está (la lengua castellana) tan olvidada y tenida en menos, que ha perdido mucho de su valor. Y aún se pudiera esto sufrir o disimular, si no hubiera venido en tanto menosprecio *que ya cuasi basta ser un libro escrito en castellano, para no ser tenido en nada...*"

No llevaremos ahora la cuestión por estos caminos, entendiendo que así se pierde la *diritta vía.* El presente artículo dirígese nada más que a examinar—sin términos de comparación y a grandes rasgos—la literatura extranjera referente a la vida contemporánea, carácter, ideas, inteligencia y condiciones de nuestro pueblo.

La cual literatura—cuyo núcleo forman innúmeros *Diarios* de viaje, de turistas más o menos ingleses y franceses—abunda tanto (digámoslo de una vez) en tomos como en disparates y equivocaciones, salvo alguna señalada excepción (1).

El conocimiento de toda sociedad, especialmente si es muy compleja, tiene siempre para los extraños una parte en absoluto inasequible, que es precisamente la que toca a lo más íntimo y personal de la vida, a lo que, a veces, ni los propios nacionales pueden formular de una manera exacta, aunque lo *sientan* dentro de sí y les alumbre y dirija con criterio seguro, emanado de la misma naturaleza de las cosas. Así como no puede ser verdad nunca que para un extranjero la lengua española "no tenga secretos", porque la erudición y el manejo del lenguaje que dan los libros dista mucho de aquella adivinación especial que aun a los menos cultos comunica el hecho de oir y hablar castellano desde que nacieron, así tampoco cabe penetrar el espíritu de una nación, apreciar todas

(1) V. gr. de varios viajeros norteamericanos, como he notado en otro lugar.

las condiciones en que vive y las anteriores que condicionaron el estado presente, con sólo permanecer en el país dos o tres semanas.

Los juicios cerrados y las sentencias firmes son, en este punto, recusables. La inspección rápida, la convivencia breve bastan, sin duda, para advertir de las cosas más externas y elementales. Es suficiente pasar un día y una noche en Madrid para decir, por ejemplo, que tenemos muy mal empedradas las calles y casi tan mal alumbradas; pero querer juzgar de la sociedad madrileña por el dato de unos cuantos holgazanes que hay en la Puerta del Sol, o de una juerga en el café Imparcial, es altamente ridículo, aunque muy frecuente.

Las leyendas son de todos los tiempos y de todos los países, bien lo sé. Hay todavía muchísima gente que llama a París la "Babilonia moderna" y lo cree prototipo de ciudades viciosas, sin saber lo que en punto a inmoralidad representan, verbigracia, Viena y Londres, e ignorando lo que en París se trabaja, intelectual e industrialmente, con un afán, un amor, una constancia que muchos de los censores han de menester para sí. España también tiene su leyenda. Sigue no habiendo más españoles, para muchos extranjeros, que los gitanos, los *cantaores* andaluces, los toreros y los "bandidos" de Sierra Morena; siguen (incluso personas de cultura y de mundo) preguntando en confianza si llevan aún navaja en la liga nuestras mujeres; siguen copiándose los juicios de viajes del siglo pasado y comienzos del presente, como si, apar-

te de los disparates de todo tiempo que suelen contener, no hubiesen variado las cosas desde entonces; siguen viniendo a estudiarnos gentes que no hablan y apenas entienden nuestra lengua, a pesar de lo cual se atreven a escribir juicios acerca de nosotros; siguen, en fin, tratando con tal ligereza de nuestras cosas, con tanto desenfado y tranquilidad, que no parece sino que la característica de España se les comunique por ciencia infusa, sin que haga falta estudiarla, despacio y con interés, como tocante al resto del mundo se hace.

Todos estos defectos vienen de dos fuentes principales: la falta de estudio y la falta de amor. Suelen creer los viajeros que, no obstante requerirse años de preparación y trabajo para conocer cualquiera región del centro de Africa, para conocer a España no precisa sino venirse por acá en primavera, ver la Semana Santa en Sevilla y Toledo, San Isidro en Madrid y el Corpus en Valencia, con lo cual queda todo visto y sabido. Para llenar huecos, juzgan que ha de bastarles la lectura de los periódicos, como si éstos reflejaran, ni pudieran reflejar, los mil aspectos, la complejidad enorme de nuestra sociedad nacional, ni aun a veces la misma opinión dominante sobre los contadísimos problemas con que se ocupan: de los cuales, es frecuente además que no se hagan cargo los lectores ultrapirenaicos, como ha sucedido recientemente con motivo de sucesos políticos, de los más externos y perceptibles.

Fáltales también, casi siempre, a los viajeros y escritores de que hablo, amor a nuestra tierra. Vienen los más buscando lo *pintoresco*—sin perjuicio de inventar, sobre lo visto de prisa, otro tanto—y desatienden aquello que más podría darles idea de lo que somos y de los esfuerzos que hacemos para mejorarnos: en suma, de lo bueno y serio que haya (en medio de mucho malo y ligero, que no es dable negar), y a lo cual acude en primer término el que siente simpatía verdadera por una persona o una nación, ganoso, más que de hallar nuevas faltas, de explicarse las que se notan y de compensarlas con buenas cualidades. El sentimiento de altivo desprecio en que se ha trocado para muchos aquel odio y envidia que nuestras proezas y excesos militares de otros tiempos produjeron en Europa, les crea, cuando menos, prejuicios que descarrían su observación de las cosas y de los hombres. Les falta aquella *piedad* necesaria para ser maestros nuestros en lo que cupiere, y se quedan en fiscales que a menudo no se han cuidado de leer el sumario de la causa, ni menos de averiguar si está bien formada.

Y esto es lo grave y doloroso. El nombre de *hispanófilos* con que generalmente se designa a los extranjeros que escriben de asuntos españoles, no cuadra sino a bien pocos de ellos, aunque algunos, por el prestigio y la elevación de su nombre, compensen sin duda lo exiguo del número. Los más podrían ser llamados, a reserva de discutir su ciencia, *hispanólogos,* gentes que saben o

presumen saber de España, pero que no sólo no la aman, ni aun sienten por ella benevolencia y simpatía, sino que están dominados por ese rigor de juicio, esa ligereza despreciativa, esos prejuicios ciegos que a veces—¡triste es decirlo!—llegan hasta los mejor enterados de minucias de erudición referentes a nuestra patria, muy afanosos por reconstituir nuestra historia, pero limitados a esta función de arqueólogos y sin llevar su esfuerzo a la piadosa rehabilitación del nombre de España, harto más caído en la opinión—incluso de sus propios hijos—de lo que merece.

No queremos citar nombres, ni de los unos ni de los otros. Quédese para nueva ocasión recordar los de aquellos pocos que en Alemania, en Italia, en Francia, en Inglaterra, son ante todo *hispanófilos,* buenos amigos, de los que ni adulan ni huyen ante la desgracia, sin perjuicio de ser también, muchas veces, grandes *hispanólogos;* y quédese también para nueva ocasión la tarea grata de reunir textos modernos simpáticos a España que contrarrestan en algo la dominante curiosidad sin amor, que tanto apena.

Quizás del movimiento de interés que actualmente se ha producido en Europa hacia nosotros, salga nueva corriente que fortifique la falange de los verdaderos *hispanófilos* y disipe muchas leyendas y muchos prejuicios. Hagamos por nuestra parte lo necesario para que así ocurra; y a este propósito, ¿han pensado algunos españoles

que escriben de nuestras cosas en revistas o periódicos extranjeros, cuán inmenso daño hacen a la patria llevando a sus escritos las triquiñuelas personales y el orgullo, que les mueven, ora a callar nombres respetables, ora a desfigurar las cosas y tergiversar los datos?

1896.

VII

España nueva y España vieja.

No todos los que hablan mal de España o dudan de ella (de su valer como nación, de sus aportaciones a la cultura y al trabajo, de la importancia humana de sus hechos históricos) son enemigos nuestros, satélites apasionados de la secular hispanofobia cuyo proceso estudiaron Morel Fatio, Menéndez y Pelayo, Farinelli, yo mismo, antes de que la vulgarizara un librito reciente de Julián Juderías, muy útil en aquel sentido, pero forzosamente incompleto (1). No; muchos de esos hombres a quienes aludo, en vez de sectarios son también víctimas del hispanofobismo, que sembró el mundo de leyendas y prevenciones contra España en tan grande cantidad (y a veces, con el cándido asentimiento de muchos españoles), que será labor de muchos años y de mucho esfuerzo desvanecerlas y reducir los hechos a su verdadero valor. Por ser así como digo, no pocos de los que repiten conceptos contrarios

(1) El señor Juderías parece ignorar algunos de esos precedentes de su libro, puesto que no los cita ni una sola vez.

a España pueden fácilmente ser convertidos al verdadero punto de vista. Carecen de mala intención o de sentimientos apasionados; son sus errores pura consecuencia de otros errores recibidos sin recelo, y ceden pronto ante la demostración contraria. De ahí que cada día aumenten más las rectificaciones favorables a nuestro país.

Pero aún queda un tópico común, en el cual se detienen muchos de los que modifican su anterior posición antiespañola, y también muchos de los que sinceramente quieren creer en nosotros y por sí mismos rechazan las prevenciones antiguas. Ese tópico corresponde a una nueva posición hábilmente tomada por los verdaderos hispanófobos para disimular la pérdida de la antigua, que lo negaba todo, y para atraer a las gentes con la apariencia de una ecuanimidad fingida, de un término medio grato a las inteligencias ponderadas que huyen de la exageración.

Consiste ese tópico en conceder la existencia de una "España nueva", con la que se puede entender la civilización actual; una España regenerada y regeneradora que va abriéndose paso en la vida nacional, que está dotada de todos los ideales y de todas las energías de los tiempos modernos, y que lucha valientemente por sustituir a la "España vieja", respecto de la cual continúan siendo exactos todos los juicios de la hispanofobia. Esa España vieja es, para muchos, *toda nuestra historia* hasta el momento presente.

Según esa distinción, España cuenta ahora con

hombres ilustres a la altura de las exigencias modernas en todas las disciplinas, o en buena parte de las cultivadas; con inventores, con sabios, con espíritus liberales y transigentes, con literatos, con artistas, con educadores, etc., que participan de la obra universal de la Ciencia y el Arte, y a ella contribuyen con aportaciones propias. Hay incluso (dentro de esa distinción) progreso industrial y agrícola, renacimiento económico, grandes mejoras en la urbanización, originalidades dignas de todo elogio (y aun presentables como modelos) en la legislación, en las costumbres y en los organismos sociales; pero todo eso es nuevo, es de hoy y contrasta fuertemente con nuestra inutilidad absoluta en los tiempos anteriores. Antes de la segunda mitad del siglo XIX, España (la España vieja) no ha hecho nada útil, no ha tenido un solo hombre incorporable a la civilización del mundo, no ha producido literatura, ni arte, ni derecho, ni ciencia, ni energía, ni nada. Todo lo antiguo nuestro hay que borrarlo y olvidarlo; es lo mejor que pueden hacer los amantes de la "España nueva" en obsequio de ésta. Rómpase con toda nuestra historia como con cosa inútil y, más que inútil, perjudicial; arrójese lejos ese peso muerto de los siglos infecundos y volvamos los ojos hacia esa otra España, que, si todo lo dicho fuera exacto, ya no sería España, sino algo diferente de todo lo que España fué hasta ahora, y sin enlace ni trabazón con ello.

Obsérvese que este juicio es, ni más ni menos, el del célebre M. Masson, a fines del siglo XVIII, es

decir, el de la más genuina hispanofobia originada por el más perfecto desconocimiento de nuestro pasado, muy corriente entonces, y por una prevención apasionada hacia todo lo español. Para los que así piensan, o los que aceptan sin rectificar lo más mínimo esta sentencia contra nuestro pasado, repetida hoy como si fuera una novedad, han pasado inadvertidas las vindicaciones de nuestra ciencia, de nuestro arte, de nuestras instituciones, de nuestra colonización, de nuestro derecho, de nuestra cultura general, hechas por escritores españoles y también, en gran parte, por escritores extranjeros.

La acusación, en lo relativo al orden intelectual, la ha refrendado recientemente un libro publicado por la Universidad de Cambridge, y aquí la ha esgrimido para sus fines particulares, sin discutirla poco ni mucho, un profesor español que se cuenta asimismo entre los regeneradores. Cito el hecho sólo para demostrar lo fácil que es caer en este engaño, por lo metidos en el espíritu que tienen todavía las gentes (los españoles inclusive, y si se las echan de "hombres modernos", más aún, en la mayoría de los casos), los errores y prejuicios tradicionales y el pueril recelo que muchos tienen de ser confundidos con los *ignorantes* y los *intransigentes* de otros tiempos si conceden la cosa más mínima a la "España vieja".

Pero en todo eso hay una equivocación profundísima. A quienes se emperran en ella por pasión que rehuye oir la voz de la verdad, o porque, sa-

biendo que se equivocan, persisten fríamente en repetir errores que sirven para la ejecución de un plan necesitado de tales medios, sería inútil tratar de convencerles. Pero a los muchos que de buena fe afirman eso mismo, hay el deber de llamarles la atención, en la seguridad de que sabrán oírnos con benevolencia y se prestarán sinceramente a la comprobación de los hechos.

No voy a repetir ahora lo que con todo pormenor he dicho en libros como la *Psicología del pueblo español,* y en artículos y conferencias como los del *Times* (suplemento español de junio de 1914), el Congreso de Expansión Comercial (Barcelona, 1914), el Congreso Histórico de California (1915), etcétera (1). Bastará referirme a esas demostraciones eruditas y exponer las conclusiones a que autorizan ellas y toda la literatura moderna de historia española, a saber: que en la España de hoy y en la España de ayer, en la España *nueva* y en la España *vieja* hay de todo: bueno y malo. Ninguna de las dos tiene la exclusiva de una de esas condiciones.

Naturalmente, hallamos muchas más cosas conformes a nuestros intereses y a nuestras necesidades en lo de hoy que en lo de ayer, porque las formas de vivir y del pensar son temporales, varían a

(1) El mismo propósito tuvieron mis conferencias en la Universidad de Burdeos (1909), en la Columbia, de Nueva York (1912), en la John Hopkins, de Baltimore (1912), en las de París (1926 y 1927) y Bruselas (1928) y otras semejantes. Véase la bibliografía que se cita en el capítulo IV de esta segunda parte.

compás de las circunstancias y se amoldan de cada vez a lo que son y quieren los hombres; pero eso mismo nos exige juzgar cada tiempo dentro de sus propias condiciones, y no según las que nosotros actualmente exigimos al nuestro y sería inútil que pidiéramos al pasado. Ninguna nación de las que hoy viven ha sido en épocas anteriores como hoy es, y, por tanto, sus criterios de juicio son forzosamente diferentes para los distintos momentos históricos; todas ellas fueron víctimas y ejecutoras juntamente de actos de fanatismo, de intolerancia, de arbitrariedad, de explotación del débil, de absolutismo en el mando, de deslealtad en lo prometido, de injusticia social, de ignorancia y de error en el conocimiento. En corregir todas estas cosas (algunas aún no se han corregido *en ninguna parte*, o, cuando menos, para todos los órdenes de vida) ha consistido su progreso y su transformación y, por ello, ninguna puede echar nada en cara a las otras respecto de *su pasado*, porque todas tienen el tejado de vidrio. La España vieja, pues, ofrece, para nuestra manera de pensar (no tanto para la de sus contemporáneos, en cada momento de ella), muchas cosas censurables y que, sin duda, preferiríamos todos que no hubiesen ocurrido; pero igual sucede en las demás naciones. En lo malo, todo el pasado de Europa (y de América) es, poco más o menos, lo mismo, y aun cabe decir, con todo rigor histórico, que fué algo menos malo en España que en otras naciones, ver-

bigracia, Alemania y Rusia, por lo que toca a ciertos órdenes de vida social.

Vengamos a lo bueno. Queda establecido que el criterio de bondad es correlativo de la manera de pensar y realizar las cosas en cada tiempo. Ahora bien: cualesquiera que sean hoy nuestras ideas y nuestras aspiraciones en materias científicas, literarias, artísticas, de Derecho, de organización social, de vida económica, etc., ¿puede dudar nadie ya que España hizo en los siglos pretéritos *y según el ideal que en ellos tenían los hombres,* tanto (y en algunas cosas más) como las otras naciones hacían contemporáneamente? No; y la satisfacción (a veces también la admiración) que legítimamente sentimos los españoles, aun los más *modernos* y radicales, por muchas manifestaciones de nuestra civilización en anteriores siglos, está refrendada por la de toda la opinión culta extranjera, que a menudo se ha anticipado a nosotros y nos ha descubierto cosas que hoy, por un mal entendido modernismo, despreciábamos. No es de nosotros, sino de todo el mundo, la admiración al *Quijote,* al Romancero, a la novela picaresca, a buena parte de nuestro teatro, a Velázquez, al Greco, a Zurbarán, a Berruguete, a Goya, a los rejeros ojivales y del Renacimiento, a Vitoria, a Suárez, a Mariana, a Vives, a muchísimos más hechos y hombres que son tan de la España vieja como Torquemada, Felipe II en cierta parte de su política, la Inquisición (que también tuvieron otros pueblos) y demás cosas que quisiéramos ver borra-

das de nuestra historia, pero que sería un error considerar como lo único hecho entonces por España.

En ese error, juntamente con el de creer que las ideas y los procedimientos que hoy censuramos y de que la Humanidad ha procurado corregirse a medida que se civilizaba más y más, fueron *exclusivos* de España (siendo así que de ellos participaron *todas* las naciones del mundo), está la injusticia de la distinción que se quiere hacer entre la España vieja y la España nueva, suponiendo que en aquélla todo es odioso o inútil, sencillamente porque sólo se ve una parte de ello, la que nuestro moderno sentir rechaza y los pueblos todos desearían suprimir de su historia.

Pero en el fondo de todo esto hay cierto equívoco que he de señalar antes de poner fin a estas consideraciones. El equívoco está en el sentido de la palabra *viejo*. No todo lo antiguo es *viejo*, y hay mucho *viejo* en lo *moderno*. Lo insensato es empeñarse en que siga viviendo lo *viejo*, en perpetuar errores que ya son vistos como tales por los hombres de hoy, en mantener formas viciosas o deficientes del vivir. Pero tan insensato como eso es rechazar todo lo pasado, confundiendo especies y creyendo que nada hay de útil en lo que una nación hizo antes de ahora. La España *vieja* no es la del siglo XVI, verbigracia, sino la que quisieran algunos españoles que hoy fuese, *en todo*, como en el siglo XVI. La España *nueva* es la que queriendo, cada día más, vivir las formas nuevas y el es-

píritu moderno, sabe que puede utilizar con provecho muchas de las creaciones de su actividad colectiva en tiempos pasados, y que, *en eso,* la mayor fuerza consiste en no romper la tradición que hace de un pueblo algo estable y con personalidad definida.

Todavía hay otro error novísimo (y ese puramente español de origen), que consiste en suponer que los ideales y prácticas de la España nueva y la España vieja están repartidos geográfica, y casi antropológicamente, en dos partes de la Península: la periferia septentrional y oriental en cuanto a los primeros, y el resto del territorio en cuanto a los segundos. Comenzó por atribuirse esa pretendida distribución a una superioridad antropológica y de cultura; luego, ante las protestas de los injustamente agraviados y los mentís de la investigación científica, se abandonó esa explicación, sustituyéndola por la de una mayor aptitud en los hombres de la mencionada periferia para adaptarse mejor que los otros a las condiciones de la vida moderna. Por ser más suave no es menos equivocado ese supuesto. Si se forma una lista de los hombres más representativos de nuestra historia contemporánea, de la España nueva, se verá que muchos de ellos (y precisamente de los iniciadores y precursores: Sanz del Río, Giner, Salmerón, Castelar, etc.) no son del Norte ni del Este, sino de esas regiones de España que se estiman como inadaptables; y lo mismo se podría decir de algunos núcleos más vivaces y fecundos

en su propaganda de reforma, aquellos precisamente que se deben estimar como los creadores de la nueva orientación ideal de España antes de que apuntase en las regiones periféricas.

No. Dejemos esos regateos hijos de un olvido ingrato o de una vanidad insostenible. Por fortuna, la España nueva está en todas partes de su territorio, en todos los grupos más o menos diversos de sus habitantes; y por ser así vence y vencerá más cada día.

Queda ahora por determinar qué cantidad de España *vieja* tenemos realmente, tanto en la periferia como en el resto de la Península, porque también la hay, y muy arraigada, en el Norte y en el Este.

Esa determinación permitirá ver cuán exagerada es la creencia de que viven en nosotros muchas cosas del pasado referidas a nuestra organización interior o a nuestras relaciones internacionales, por lo menos, con aquella vivacidad que permitiría considerarlas como predominantes y directoras de nuestra vida presente.

VIII

El señor Morley y la psicología española.

Hace algunos meses, no muchos, un diario madrileño censuró las inexactitudes (hijas más del chauvinismo que de errores de juicio) que un profesor francés emitiera, en Buenos Aires, acerca de la literatura española; e hizo resaltar su inconsistencia.

Ahora, un diario, también madrileño, traduce un artículo del profesor californiano Groswold Morley, no menos lleno de inexactitudes que las palabras del profesor francés, y se limita a calificarlo de "algo parcial"; con lo que, para el público, acepta todo el fondo de las afirmaciones de Mr. Morley. A lo menos, así estoy seguro que interpretarán esa publicación la mayoría de los lectores y, muy especialmente, los extranjeros. Alguien podría recordar, a este propósito, aquella amable e irónica advertencia del que fué Rector de la Universidad de Santiago de Chile, don Valentín Letelier, según la cual el pueblo español ofrece el más peregrino caso de una colectividad empeñada en convencer a los demás (y en con-

vencerse a sí misma) que no vale un pepino y que está dotada de todos los defectos imaginables, respecto de los cuales goza además absoluto y privilegiado monopolio, en tal manera, que no ha dejado ni el más insignificante para el resto de la humanidad.

Es sabido que esa cariñosa acusación de Letelier ya no conviene, a la hora de hoy, a la mayoría de los españoles; pero no tiene duda que de ella se acordarán muchos frente a la publicación en España, y sin comentarios, del artículo de míster Morley.

Es posible, sin embargo, que esos españoles a quienes me refiero se equivocasen, y que lo único equivocado en la iniciativa del diario madrileño sea la cualificación al mencionado artículo que parece derivarse al decir que descubre "con gran crudeza, modalidades de nuestro carácter". En realidad, lo que importaría reflexionar es si ese artículo del señor Morley es, en el fondo, tan molesto como parece serlo en la forma.

Porque, vamos a cuentas.

Ante todo, ¿en qué se diferencia el artículo de Mr. Morley de los miles de artículos y libros de viajes que desde hace cerca de dos siglos se han dedicado a España?

En nada, realmente; y a ese título, no es para extrañar ni para señalar con el dedo. Incurre, por de pronto, en la misma rutinaria manía de generalizar sobre la experiencia de un hecho conocido y el testimonio de una opinión oída.

El señor Morley se hospedó, en Madrid, en casa de un modesto empleado de Hacienda que cobra su sueldo sin ir nunca a la oficina; y claro es, eso autoriza a escribir que el susodicho huésped "pertenece a esa clase, no rara en Madrid, de gentes que ocupan cargos modestos del Gobierno mediante influencia y perciben un sueldo por no hacer nada". La vaga frase de no ser eso "cosa rara", se convierte en una afirmación numérica unas líneas más abajo, cuando el señor Morley ya se atreve a decir: "Don Manuel (su huésped), lo mismo que *millares de compatriotas* suyos que disfrutan análogos momios..." Como se ve, ya hemos llegado a los millares.

Dejando a un lado la cuestión de si en todos los países del mundo que disfrutan de una extensa burocracia hay o no algunos Manueles como el que en Madrid albergó a Mr. Morley, confesemos humildemente que es cierta y comprobada nuestra posesión de varios señores de esa vitola administrativa. Tan cierto es, que todo el mundo los conoce y los señala. Lo que ya no resulta tan cierto es el porcentaje que representan en nuestra Administración. Yo puedo decir que conozco bien algunos Ministerios, cuyas oficinas visito casi todos los días para mis gestiones de representación parlamentaria; y que aun en aquellos donde hay ejemplos de aquellos momios que Mr. Morley eleva a millares, el que más no pasa de muy pocas personas, y que a la casi totalidad de los empleados los encuentro siempre en sus despachos res-

pectivos o en otros lugares del Ministerio, ocupándose de sus asuntos.

Quedamos, pues, en que Mr. Morley tiene razón al afirmar que como su huésped hay algunos empleados españoles. En lo único que se equivoca un poquito es en la apreciación de su número total; pero ante otras frecuentes generalizaciones a que nos tienen acostumbrados los viajeros, y hasta los historiadores, esa tiene poca importancia.

Luego nos habla Mr. Morley del contrabando de tabaco en España; y el tono de sus palabras induce a pensar que, a su juicio, los únicos contrabandistas que en el mundo existen, somos los españoles.

Sin discutir ahora la mayor o menor licitud del contrabando (materia de la más alta y sutil filosofía crematística), a lo que me opongo resueltamente es a la inmodestia que significaría por nuestra parte aceptar la atribución de la exclusiva en ese defecto, si es que lo es (delito, sí lo creen nuestras leyes y las de otros muchos Estados). Significaría eso una injusticia respecto de otros pueblos que contrabandean, y de firme, v. gr. en bebidas alcohólicas.

Mr. Morley sorprendió a un cartero español en aquel menester respecto del tabaco. Cosa grave, porque un cartero es funcionario público. Pero aun en esto, no queremos atribuírnos la primacía. Reconocemos que más altos funcionarios de otros países contrabandean también.

En seguida, Mr. Morley se fija en una cualidad de nuestro espíritu que parece considerar como un defecto, el sentimentalismo y la preponderancia de la lealtad personal, del prurito de complacer a los amigos como base de nuestra actividad social que se sobrepone a toda otra consideración. Pero Mr. Morley tiene sus dudas en punto a si eso es un defecto o no. Yo también las tengo, aunque no en la misma medida que Mr. Morley, porque yo resueltamente digo que si la ley está en contra de las conveniencias de un amigo, lo derecho siempre será excusarse con el amigo y cumplir la ley. Y tengo la suerte de conocer muchísimos casos en que así se hace en España. Mr. Morley se me figura que es un poco escéptico en esta materia. Sólo que yo desearía saber si tratando la cosa en tesis general, humana, no cabe ese escepticismo en punto a la justicia y a la administración de todos los países. Me gustaría poseer buenas estadísticas a ese propósito.

Pero Mr. Morley plantea la cuestión en un terreno más amplio. "No estoy seguro, dice, de que, por ejemplo, nosotros los norteamericanos tengamos lugar para la amistad en nuestras vidas ocupadas y prácticas. Una cosa es sentir una ola de placer en el corazón a la vista de un rostro que nos es familiar, y otra muy distinta hipotecar la propia casa a fin de que ese mismo rostro no se vea tras de la barra de los acusados. Cuando tal conflicto aparece, surge en la mente el sentido de la propia defensa, hay una tensión y endureci-

miento de los nervios y una llamada repentina a esta primaria consideración: "Mira por ti mismo; tienes que tener en cuenta a la familia, a la propia carrera." Damón y Pitias son raras individualidades en cualquier raza; pero es más probable hallarlos en la calle de Alcalá que en cualquier otro punto. Cuando un español se entrega a una amistad, abandona al amigo sus propios intereses con la más sorprendente falta de reserva."

Ahora yo pregunto muy en serio, y pensando en la defensa de la misma psicología de los norteamericanos. Esa generosidad, esa lealtad con que se acude a la defensa y protección de un amigo que lo merece, saltando por encima de la propia conveniencia, ¿es un defecto o es una virtud? En la actual crisis ética del mundo, ¿debemos censurar, o debemos aplaudir ese rasgo de carácter? Que la conciencia de cada cual responda por mí.

Finalmente, Mr. Morley, sobre la base de una información cuya responsabilidad le dejo en absoluto, opina que no sabemos hacer la guerra a la moderna. Puede que tenga razón considerado el momento presente y la posibilidad actual.

En lo que no estoy conforme de ninguna manera es en creer que para la guerra moderna sean un obstáculo los impulsos de índole emocional o los que Mr. Morley llama de índole "pintoresca", calificando así la expulsión de los moros, la exploración del Nuevo Mundo y el establecimiento del catolicismo sobre toda Europa. Mr. Morley cree que desde el siglo XVII no ha vuelto a ocu-

rrir nada semejante. En España, es posible. ¿Pero en el resto del mundo? No puedo menos de recordar los motivos generosos, ideales y emocionantes que arbolaron como bandera, de 1914 a 1918, los aliados y sus cooperadores en la gran guerra. ¿Es que soy yo solo en recordar esos motivos?

En fin, no vale la pena enfadarnos mucho con Mr. Morley. Me ocurre la duda de si no sería más justo enfadarnos con los periódicos y editores españoles que, a título de modernismo y de afán educador, publican escritos semejantes sin las debidas reservas y anotaciones.. La pedagogía del yunque es muy peligrosa en las colectividades aun en los casos en que posee algún fundamento. ¿Qué no será cuando se aplica con artículos y libros tan ligeros y tan gratuita y maliciosamente generalizadores, de hechos desfavorables, como ese escrito de Mr. Morley?

1923.

IX

Por la vindicación de España.

Los últimos números de *Diario Español* que recibo, me dan noticia de los acuerdos tomados por las Sociedades españolas de Cuba en reunión convocada por nuestra Cámara de Comercio. ¿Necesito decir con cuánta efusión aplaudo esa patriótica iniciativa?

Llevo muchos años de predicar que una de las grandes bases para recuperar nuestro prestigio en el mundo es barrer los prejuicios que contra nosotros ha esparcido un equivocado—cuando no calumnioso—, conocimiento de nuestra Historia. Aunque algunos modernistas españoles desprecien esa Historia y crean que hay que romper con ella del todo, los extranjeros no piensan lo mismo, y se siguen sirviendo de la que corre por ahí (casi siempre desfavorable a España) incluso para hacer política presente en cosas que nos importan mucho.

La iniciativa de esa Cámara de Comercio y los acuerdos tomados por la reunión que ella provocó, son pues, la victoria, una vez más, de mi punto de vista.

Digo una vez más, porque, afortunadamente, la obra de vindicación de la España colonizadora ha tenido, aquí y en América, otras manifestaciones que no sólo han preparado el camino, sino que han logrado rectificar muchos de los referidos prejuicios. Los lectores de *Diario Español* saben bien que a divulgar esos trabajos he dedicado muchos de los artículos que para ese periódico escribo.

Séame pues lícito exponer ahora algunas consideraciones que, tal vez, sean útiles para la realización del plausible proyecto.

Sabido es que, dejando aparte las vindicaciones de la obra colonizadora española producidas en plena época del dominio en América (siglos XVI, XVII y XVIII) y en que figuran nombres tan notables como los de Solórzano, Muñoz, Nuix, etcétera, ya perdidas las colonias y arreciando la leyenda anti-española en el mundo, se inició nuevamente entre nosotros una labor erudita de rectificación que bien pudiéramos decir comienza en Navarrete y que continuaron americanistas tan ilustres como Jiménez de la Espada, Zaragoza, Fernández Diego, Coello, Torres Campos, Perojo, Coroleu y otros. Con motivo de la celebración del Centenario del descubrimiento, en 1892, se publicaron muchos libros, una revista especial en que Menéndez y Pelayo escribió uno de los mejores trabajos de historiografía americana que existen, y no pocos folletos y artículos, y el Ateneo de Madrid organizó una serie de conferencias—casi todas vindicatorias de nuestra historia colonial—que luego

se coleccionaron con el título de "El Continente americano". De entonces puede decirse que procede el renacimiento de nuestro americanismo historiográfico, que ya cuenta con una literatura abundante, a la que se debe rectificación de muchos errores de nuestra Historia colonial.

Al mismo tiempo que esto ocurría en el extranjero comenzaban también a levantarse voces de justicia respecto de nosotros, en medio del vulgar vocerío de los ignorantes o los mal intencionados, que seguían condenándonos. En esa obra de justicia han colaborado, más o menos ampliamente alemanes como Zimmermann, belgas como Vander Linden, norteamericanos como Gaylord Bourne (cuyo libro se tradujo ahí por iniciativa de una Sociedad española) y otros.

Pero en ninguna otra ocasión se ha desarrollado más esa labor de vindicación española que en los Estados Unidos, donde los historiadores hispanistas (que son los únicos que ahora hacen al caso, pues los demás han laborado en esferas muy distintas) son numerosos y notables, y últimamente ofrecen su núcleo principal en las Universidades del S. O. y del Pacífico, sobre todo en la de California.

Recogiendo todos estos trabajos y añadiendo otros míos, escribí yo, en los tomos II, III y IV de mi "Historia de España", numerosos párrafos dedicados a nuestra colonización (hasta entonces poco atendida en nuestros libros de Historia nacional), que servirán de base, dentro de poco, a un

libro especial que ha de publicarse en los Estados Unidos como una nueva manifestación de ese hispanismo a que me refiero.

La campaña de vindicación se produjo también en tierras hispanoamericanas, unas veces por iniciativas españolas, otras, por trabajos de escritores americanos, como Sosa y Macedo, en México. De las primeras, será bueno recordar las conferencias dadas (no hace muchos años) en el Ateneo de Puerto Rico; los Juegos Florales recientes de Concepción de Chile, y la iniciativa de nuestro compatriota D. Bernardino Corral para instituir en aquella República un premio dedicado al mejor libro de aplicación escolar que relate con imparcialidad nuestra historia en América: iniciativa coincidente con la de esa Cámara de Comercio.

Todo esto que digo—y que quien quiera encontrará detallado en mi prólogo al libro de Lummis y en otros escritores recientes—, viene a cuento sólo para recordar que la obra vindicatoria española está en gran parte hecha, y que quienes han cooperado a ella no la han entendido siempre del mismo modo. Eso nos obliga, en primer término a no olvidar los precedentes ni tenerlos por inútiles, y luego a precisar con mucho cuidado qué géneros de libros son los que nos importa fomentar ahora.

Porque una cosa es promover la publicación de libros de conjunto y de divulgación como el de Gaylord Bourne y el de Lummis, y otra la de promover, mediante recompensas, las investiga-

ciones sobre lo muchísimo inédito que aun hay en nuestros archivos y la composición, conforme a ellas, de monografías especiales que poco a poco (esta es la labor de muchos años) esclarezcan nuestra historia colonial en la muy considerable parte que aun nos es desconocida. Para mí, esto segundo es lo más importante, porque lo primero existe y se puede mejorar a poca costa.

Por último, yo invito a mis compatriotas a reflexionar acerca de si es conveniente que el concurso que ha de abrirse para premiar el libro o los libros a que se refiere el proyecto, deba comprender a los escritores de todos los países, o solamente a los españoles e hispanoamericanos. Porque nos venimos doliendo de que, por falta de protección y medios aquí, nos estén escribiendo en gran parte nuestra propia historia los extranjeros. ¿Vamos ahora también a conservar las ventajas a favor de éstos? La cosa vale la pena de meditarse.

1919.

X

Un libro de rectificaciones hispanistas.

En manos de muchos de mis lectores estarán ahora, seguramente, los dos volúmenes publicados de *La vuelta al mundo de un novelista*. Sería, pues, inútil descubrirles lo que por sí mismos conocen. En general, la enorme difusión que han alcanzado en el mundo entero las novelas de Blasco Ibáñez, aseguran que este nuevo libro será muy pronto tan popular como aquéllas. Además del nombre del autor, contribuirá a ese resultado lo variado y ameno del asunto y el estilo vivo y pintoresco con que aquél relata sus impresiones, renovando así incluso la visión de cosas que ya van siendo muy conocidas por la facilidad, cada día mayor, de los viajes y la cantidad, cada año mayor, de españoles que corren el mundo.

Pero hay un aspecto en *La vuelta al mundo de un novelista* que merece destacarse y llamar hacia él la atención de todos los lectores compatriotas y ajenos; y es el de reivindicación hispanista que muy a menudo se encuentra en ese libro.

Es esta una nota nueva en las obras de Blasco,

aunque no sea de ahora su primera aparición. Sospecho que Blasco la debe a sus viajes por América. Como a tantos otros españoles, a él le ha iluminado el patriotismo la visión de esos pueblos que tienen su raíz central en España, y de lo que en ellos representan nuestros emigrantes. Antes de eso, tengo por verosímil que Blasco se hallaba en la posición pesimista de muchos liberales españoles, para quienes España no había aportado nada bueno a la obra de la civilización por culpa del fanatismo, absolutismo y demás defectos que padecimos al igual que todos los países de Europa. Afortunadamente, Blasco ha llegado a la comprensión de que el ser liberal y hombre muy a la moderna en lo más profundo de la ideología renovadora política y social, es compatible con reconocer que, a pesar de muchas cosas que no nos parecen ya ni medio bien hoy día, España hizo y sigue haciendo mucho por la obra de mejoramiento humano.

Ese hispanismo, como apunté líneas más arriba, se muestra en libros anteriores al presente. *La reina Calafia,* que el mismo Blasco cita en *La vuelta al mundo,* es un ejemplo. Y lo que conviene considerar ante todo es el alcance del servicio que con esto presta Blasco a su país. La demostración es fácil, porque a todo el mundo se le alcanza el enorme poder difusivo que las novelas y los relatos de viaje tienen. La inmensa mayoría de los lectores de todos los pueblos coge con dificultad un libro de historiografía y, por tanto, no se entera

sino muy a la larga e indirectamente (y a la vez, imperfectamente) de las rectificaciones que la literatura científica expone. Pero novelas y libros de viajes, y sobre todo un libro de viaje que firma un novelista famoso, van a todas las manos; y lo que en ellos se dice lo aprenden, más o menos, miles de hombres y mujeres que de otro modo no hubiesen sabido nunca lo que así llegan a saber.

El viaje alrededor del mundo se prestaba a que Blasco Ibáñez hablase frecuentísimas ocasiones de ejercer su hispanismo. Nuestra expansión en los siglos XV, XVI y XVII fué tan grande, que se nos encuentra en todas partes; y del mismo modo que D. Martín de los Heros escribió en 1835 su *Bosquejo de un viaje histórico e instructivo de un español en Flandes,* que en 1916 saqué del olvido, podría escribir todo español culto una serie de libros referentes a los países que visita, llenos de recuerdos y de vindicaciones para la buena fama de su patria.

Eso es lo que hace Blasco más de una vez en su *Vuelta al mundo,* que le ha puesto en contacto con tierras y mares americanos, oceánicos, asiáticos y africanos.

Al llegar al canal de Panamá recuerda el heroico viaje de Núñez de Balboa y recaba para España la prioridad en el pensamiento de abrir un camino acuático entre los dos mares, acerca de lo cual se han publicado anteriormente algunos trabajos eruditos, entre ellos el muy copioso del sevillano Sr. Manjarrés. Espero que en plazo breve

uno de mis discípulos, el Sr. Badía, conocido ya por dos libros excelentes de asunto americanista, termine y dé a la imprenta su investigación sobre ese mismo punto histórico, que completará debidamente todas las anteriores. Entonces se verán también las razones principalmente militares que impidieron la realización del canal.

Ya en el mar Pacífico, Blasco consigna otra prioridad: la de los españoles que descubrieron y aun ocuparon la mayor parte de las islas que en el siglo XVIII volvió a descubrir para el resto del mundo, poco enterado u olvidadizo de las hazañas y glorias españolas, el capitán inglés Cook. Con gran imparcialidad, Blasco no deja de decir a sus lectores que esa injusta preterición de los precursores no fué compartida por Cook, quien menciona en los relatos de sus viajes, varias veces, a los descubridores hispanos que le precedieron más de siglo y medio en su empresa. Pero sabido es que la historia de los descubrimientos geográficos, escrita por extranjeros, ha callado o reducido a la más breve expresión toda la parte que realizaron nuestros compatriotas; y así ha seguido hasta nuestros días, en que comienza a rectificarse lo que, por lo menos, se puede calificar de error o desconocimiento histórico. Así no es extraño que un Presidente norteamericano haya podido decir que el descubrimiento de América se debe a Italia, basándose únicamente en el hecho dudoso de que Colón fuese italiano, y en el equivocado de que España le pagase con "vergüenza, decepciones e ig-

nominia", y olvidando que Colón, aun en el caso de que hubiese nacido en Italia, no encontró apoyo en su patria y realizó sus viajes con dinero, barcos, pilotos y tripulaciones españolas.

Al llegar a Filipinas, Blasco, cuya ecuanimidad de espíritu es en este libro sorprendente, tiene buen cuidado, a la vez que reconoce todos los progresos realizados a partir de la anexión norteamericana, de recordar la base de cultura que dió al pueblo filipino la colonización española. Las páginas que a esto dedica en el volumen segundo del *Viaje,* merecen ser conocidas de todos nuestros compatriotas y deberían leerse en todas nuestras escuelas. Hay que esperar que produzcan gran efecto en los lectores de los demás países.

No resisto a la tentación de copiar un párrafo: "A España le correspondió aquí el mismo trabajo que en las repúblicas americanas que hablan su lengua. Echó los cimientos del edificio, lo más pesado y menos agradable, lo que exige mayores esfuerzos y queda oculto a las miradas superficiales. Ella tuvo que luchar con la primitiva barbarie estableciendo las bases fundamentales de la civilización. Luego llegan los pueblos modernos, los últimos que triunfaron, y al encontrarse con la sólida y ruda obra sin terminar, se encargan de los adornos de su fachada, columnas, capiteles, cornisas, todo lo que supone refinamiento y atrae la admiración frívola del curioso; pero las paredes maestras, los fundamentos ocultos bajo el suelo, son obra del albañil que sudó y se esforzó más que

nadie para ver finalmente su trabajo olvidado o menospreciado".

Para terminar este análisis del libro y no prolongar demasiado esta crónica, diré que Blasco recuerda, al llegar a Java, las crueldades cometidas por los holandeses con los indígenas de la isla, crueldades que todavía subsistentes en el siglo XIX, añadiré yo, movieron la indignada pluma del escritor neerlandés Multatulí, cuyas protestas contra aquel régimen redimen al espíritu de su pueblo de las crueldades mencionadas, tanto, pero no más, como redimen al español las protestas y la conducta de hombres como Las Casas, Motolinia y tantos misioneros, gobernadores y conquistadores que se portaron en América humanamente.

Blasco, después de recordar lo que llevo dicho, escribe este melancólico comentario: "¡Y pensar que fué en la vieja Holanda protestante donde se imprimieron y editaron la mayor parte de los libros, algunas veces fantásticos, sobre las crueldades de los españoles en América!"

Lo mismo cabría decir de otros pueblos colonizadores que nos acusaron y nos siguen todavía a veces acusando de crueles, sin acordarse de lo que ellos hicieron en sus dominios antes y después de la fecha de sus acusaciones contra España

Seríamos muy injustos con Blasco si por nuestra parte olvidásemos también lo que ahora ha escrito en defensa de su patria.

1924.

XI

Participación de España en la obra de la civilización universal (1).

I

El tema se impone por sí mismo para un cultivador de los estudios históricos y ante una Asociación hispanista. Todo el mundo sabe que una de las acusaciones lanzadas contra mi patria ha consistido, desde hace más de un siglo, en la supuesta impotencia para aportar, en ningún momento de la Historia, elementos coadyuvantes a la obra de la civilización humana. No es mi actual propósito examinar el origen y vicisitudes de esa acusación, puntos considerados especialmente en mi libro *Psicología del pueblo español* (1.ª edición, 1898-99, en *La Es-*

(1) El presente trabajo es un resumen de la conferencia que el autor dió en La Haya el 9 de octubre de 1927 a petición de la Asociación Hispano-holandesa, recientemente constituída. Las fuentes directas de la conferencia misma son mis nuevos libros: *Epítome de Historia de España para los profesores y maestros* (Madrid, 1927) e *Historia de la civilización española* (nueva edición, enteramente rehecha y modificada por el autor. Tomo IV de sus *Obras completas*).

paña Moderna, revista; 2.ª edición, Barcelona, 1902; 3.ª, en Barcelona, 1917). La refutación de ella, emprendida en el siglo XVIII por algunos españoles y extranjeros, continuada con gran brío y gran aporte de erudición en el XIX, ha conseguido hoy una general rectificación de los prejuicios que la acusación había creado en todas partes. Quedan todavía, a pesar de lo conseguido, muchas gentes que, o por desconocimiento de lo que ya saben muy bien los hombres cultos de todos los países, o por malicia que quiere ocultar la verdad a quienes aún no la conocen, siguen repitiendo lo que decían los hispanófobos de antaño y lo que opinan respecto de la España actual quienes no la han visitado ni percibido las muestras de su renacimiento en todos los órdenes de las ciencias, las letras y las artes. Para ayudar a que desaparezcan esos últimos errores y corresponder al espíritu francamente hispanófilo de la Asociación que celebra este acto, voy a exponer, con la mayor concisión posible, el resultado de los estudios hechos en averiguación o comprobación de las aportaciones españolas a la civilización europea y americana.

* * *

Comienzan esas aportaciones en los tiempos más remotos de la historia nacional: en los llamados impropiamente prehistóricos, durante los cuales las tribus paleolíticas que habitaban el Norte de la Península crean el admirable arte pictórico que culmina en la cueva llamada de Altamira, mientras las

del Este y Sureste producen la no menos notable pintura estilizada (con representaciones humanas) llamada por antonomasia rupestre. Un poco después las tribus neolíticas del Sur inventan un tipo arquitectónico original y de los más perfectos de entonces. Algunos especialistas modernos han emitido la opinión de que los productos artísticos que caracterizan la Edad del cobre sean también de origen hispánico.

Un florecimiento análogo ofrece el arte posterior llamado *ibérico,* que culmina en la escultura (ejemplo, la "Dama de Elche", hoy en el Museo del Louvre), la arquitectura megalítica del mismo período, la cerámica, que presenta tipos de una belleza extraordinaria, y la orfebrería (alhajas en oro).

Al producirse la romanización—que aniquila en gran parte la civilización ibérica indígena—, el espíritu español da la primera muestra relevante de su facultad de asimilar las influencias extrañas dignas de ello y de su aptitud para colaborar en la dirección que aquéllas señalan. Todo el mundo conoce la escuela española de literatos y oradores en idioma latino, así como el nombre y la representación doctrinal del filósofo Séneca, cuyo sentido ético impregnó tan hondamente el alma del pueblo hispano y todavía sirve hoy de asiento a las más austeras y nobles manifestaciones del carácter, la conducta social y las doctrinas características de nuestro pueblo.

En el período visigodo España conserva y difunde por otros países, mediante San Isidoro de Se-

villa, Teodulfo y la *Lex romana visigothorum,* buena parte de la herencia intelectual del mundo antiguo; asimila elementos originales del bizantinismo y crea la obra jurídica del *Liber judiciorum,* que siglos después daría nacimiento al *Fuero Juzgo.*

Al desaparecer la monarquía visigoda y sustituirla el dominio musulmán, que como influencia se hace sentir desde su apogeo a su decadencia (siglo VII a fines del XV), el pueblo español que, mediante alguno de sus factores, coopera en la misma civilización musulmana de Occidente, se asimila las notas más salientes de ella en ciencias, literatura y artes, las reelabora en el troquel de su propio espíritu y las difunde—juntamente con las de origen judío—por Europa, mediante la labor de sus escuelas de traductores y sus centros docentes orientalistas de Toledo, Sevilla y Murcia (siglos XI-XIII).

Este gran servicio prestado al renacimiento y riqueza de la civilización europea, marca también la segunda manifestación de aquellas facultades que indiqué al hablar de la romanización.

Políticamente, la reacción de los Estados cristianos de España contra el dominio musulmán (la llamada guerra de la Reconquista) fué una cruzada de ocho siglos con la cual España prestó al resto de Europa el servicio de detener por el extremo occidente la invasión musulmana y de ejercer de Estado-tapón y frente de choque a repetidas invasiones.

Esa oposición política no fué obstáculo para la convivencia, en plena tolerancia y respeto, de los tres elementos de población que se juntaron en los países cristianos españoles, a saber: el indígena, el musulmán (mudéjares) y el judío. Esa tolerancia se ejerció durante siglos en el orden jurídico, en el social y en el religioso, dando al mundo un ejemplo de gran valía, aunque después quedase anegado por la ola de intolerancia que invadió a Europa entera.

En cambio, la defensa del continente contra el dominio musulmán la continuó España en el siglo XVI y siguientes mediante los ataques al poder turco en el Mediterráneo oriental, en Africa y en Hungría. En resumen, el pueblo español tomó de la civilización musulmana lo que más podía servir para completar y fecundar la suya propia, y se opuso con todo su empuje a lo que hubiera sido un desastre para todos los pueblos europeos: la dominación política de los grupos mahometanos.

A la vez que España realizaba esa doble obra, iniciaba en los Estados indígenas el régimen de libertades públicas y de democracia con sus Municipios autónomos, sus fueros, que consignan gran parte de los derechos fundamentales de la persona humana, sus Cortes y la libertad de los siervos rurales, cosas todas en que precedió a los demás países de Europa, incluso al inglés (1). Es intere-

(1) Este último punto lo he tratado especialmente en mi estudio sobre *La Magna Carta y las libertades medievales en España*, publicado primeramente en inglés y lue-

sante la observación de que un texto jurídico castellano del siglo XIII (Partida II, tít. X, ley 1.ª) formule la concepción más orgánica del "pueblo" como colectividad comprensiva de todas las clases sociales, que se encuentra en los documentos análogos de la Edad Media. Esa concepción corresponde a las costumbres ampliamente "democráticas" que han caracterizado siempre nuestra vida, con independencia del régimen político existente.

En esos mismos siglos—llamados vulgarmente de la Edad Media—el Arte español crea tipos originales y de positivo valor en la historia de esa actividad espiritual, por ejemplo: en arquitectura, el mozárabe y el mudéjar; en escultura, los marfiles de la región leonesa (siglo XI) y los relieves y estatuas en piedra que en el mismo siglo produjeron ejemplares tan notables como los de Santo Domingo de Silos.

II

Llego ahora a un grupo de hechos cuyo extraordinario valor reconoce ya todo el mundo y que bastará por eso enumerar sencillamente. Me refiero al que comienza con el descubrimiento de las tierras de América, realizado en buques españoles, con pilotos y marineros españoles y mediante el aporte de dinero español, y continuando luego con

go en castellano. (*Rev. de Ciencias Jurídicas y Sociales*. Año I, núm. 2, 1918).

los mismos elementos en todo el doble continente americano y en Oceanía. A ese hecho inicial—que supone el esfuerzo y la organización especializada de casi dos siglos—se unen pronto los que representan la colonización y civilización de casi todos esos países, y la suma considerable de los estudios y descubrimientos que deliberada y científicamente aportaron los españoles en relación con América y Oceanía en materias de Geografía, Cartografía, Cosmografía y otras ciencias aplicadas a la navegación, así como de Minería, Geodesia, Canalización, Filología y Sociología de los pueblos indígenas. A la vez (y en gran parte, sin duda, por la reacción espiritual que en los eruditos españoles produjo el espectáculo del Nuevo Mundo), aparece el sentido nuevo de la historiografía en nuestros cronistas de Indias y en los de España, orientados hacia la historia de la civilización y el método comparado, novedad que no ha sido aún comprendida ni apreciada por los recientes tratadistas de la ciencia histórica (p. e. Fueter) (1).

En cambio es ya bien conocida y apreciada en toda su importancia y ejemplaridad moral y práctica la obra realizada por los juristas y los gobernantes españoles en el orden del Derecho internacional, y muy singularmente del llamado De-

(1) Particularmente sobre esta cuestión he escrito en mis varios libros y artículos sobre metodología (a partir de *La enseñanza de la Historia*) y en la monografía acerca de *Los estudios de Derecho comparado en España* (edición castellana en Zaragoza, 1927).

recho de la guerra, y en el reconocimiento de la personalidad jurídica de los pueblos inferiores, por primera vez proclamada en el mundo con relación a los indígenas de América y garantizada por el derecho positivo en las "Leyes de Indias". Los nombres de Francisco de Vitoria y de Bartolomé de las Casas, que en esferas distintas de acción representan por antonomasia esa gran iniciativa del pensamiento y de la conducta españoles, dicen ya a los hombres modernos todo lo necesario para caracterizar aquella aportación en uno de los elementos capitales de la civilización humana (1). Y aunque no consiguió el efecto práctico a que acabo de referirme, es justo mencionar también la iniciativa española de entonces (Avendaño, Albornoz, Sandoval, Fray Pedro Claver) en contra de la esclavitud de los negros, admitida y explotada en aquellos siglos por las principales naciones de Europa.

A la vez nuestros juristas cultivaban con profundidad y notas originales, que se incorporaron a la ciencia de entonces y en la actual son estimadas muy seriamente, el Derecho Político (posición antecesarista, concepto tutelar de la monarquía, doctrina del derecho de sublevación y del tiranicidio, etcétera), el Civil, el Penal (iniciativas de sistemas penitenciarios de tipo muy moderno) y la misma

(1) El sentido que a mi juicio cumple dar a ese hecho, lo he expresado en mi reciente conferencia titulada *Interpretación histórica de dos hechos esenciales en la colonización española de América.* (Impresa en Cádiz, 1927.)

Filosofía del Derecho, en que el nombre de Suárez continúa representando un valor sustancial en problemas como la noción de la ley, el concepto de la persona social, la idea de la comunidad de los pueblos (la sociedad de los Estados) y otros. Esta dirección erudita se correspondía con el sentido colectivo de la justicia que afloró concretamente en muchos casos históricos y fué recogido y ensalzado por la literatura teatral (*Alcalde de Zalamea, Comendador de Ocaña, Fuenteovejuna,* etcétera). La fórmula sintética de ese sentido es que la Justicia debe dominar siempre a la Ley y justifica en muchos casos la trasgresión de esta última (1).

En la Filosofía general, si es cierto que el espíritu español no creó una Metafísica (aparte lo que de ella, y en el sentido católico, se encuentra en los teólogos), no careció de cultivadores eminentes, alguno de los cuales, como Luis Vives, traspasaron las fronteras de nuestro país en cuanto a la difusión y estimación de sus doctrinas.

Creación típica española es, por otra parte, la Mística, que ya en la Edad Media tuvo la relevante representación de Raimundo Lulio, y que en el Siglo de oro ostenta los nombres—hoy renacien-

(1) Este punto lo he tratado especialmente en mi Conferencia de la Sorbona (enero de 1926) sobre *El teatro de tesis en la literatura española,* y en la leída ante la Real Sociedad de Literatura de Londres (1924), con el título de *El teatro español como un elemento de educación moral.* Esta última ha sido publicada sólo en inglés.

tes en el mundo entero—de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, etc.

En la pedagogía, España aportó también en aquel tiempo las anticipaciones y sistemas de la técnica especial para sordomudos y ciegos (Ponce de León, Ramírez de Carrión, Bonet), aparte el significativo espectáculo de sus Universidades, algunas de las cuales (Salamanca, Alcalá) han quedado como expresiones antomásicas de estudios y cultura.

Por último, en las ciencias de observación y experimentación (además de lo referente a América, que ya traté anteriormente) España dió, desde fines del siglo XV hasta el mismo siglo XVIII, no sólo cultivadores eminentes, sino también inventores e iniciadores, tanto en la Medicina (véase como obra moderna y de conjunto la reciente *Historia de la Medicina en el Río de la Plata* desde su descubrimiento, escrita por el doctor Eliseo Canton, especialmente los tomos I y II) como en la Física (el *nonius,* los anteojos, el primer mapa geodésico nacional, la adivinación del telégrafo sin hilos, etcétera), en la Geografía (las Relaciones geográficas peninsulares), en la Química (tratamiento de los metales nativos) y en otras direcciones de esos estudios que a comienzos del siglo XIX representan, por ejemplo, el laringoscopio de García, el submarino de Monturiol, la taquigrafía (inventada en 1827 por el setabense Martí), los análisis de venenos de Orfila, etc. Conviene añadir que muchos de esos inventos se difundieron por Europa y que no

pocos de los libros científicos españoles del XVI y XVII se tradujeron a otros idiomas.

Campo mucho más conocido, y sobre todo reconocido por la crítica y el gusto general, es el literario. En él bastará citar, sin necesidad de explicaciones, la poesía épica popular, desde las primitivas "canciones de gesta" y los primitivos "romances" de ellas derivados, a los romances "eruditos" de los siglos XVI y XVII; la novela realista llamada "picaresca", que retrata los "bajos fondos" de la sociedad contemporánea, tema que hasta el siglo XIX no ha tratado ninguna otra literatura si no es por imitación de la española; la novela idealista, que representa, con calidades no superadas y en original consorcio con el realismo, el *Quijote;* el teatro, que a sus méritos puramente literarios añade la expresión de los más altos ideales filosóficos, jurídicos y de orden social y una riqueza de temas que, saltando la esfera generalmente tratada de las pasiones humanas fundamentales, abarca toda la vida interna y externa, desde la religiosa a la de los conflictos de clases sociales y jurisdicciones.

Esa grandiosa y varia creación de orden literario fué acompañada por la musical, iniciada ya en el siglo X bajo la forma popular (canciones) que aun perdura en manifestaciones regionales múltiples de gran variedad, originalidad y sentimiento y que en el XVI y XVII se desarrolla eruditamente en la dirección religiosa (Victoria, co-

laborador de la reforma musical en Roma, y otros), y en la teatral (zarzuela y ópera propiamente dicha, incluso con detalles de organización que en el siglo XIX han reaparecido y se han considerado como invenciones geniales extranjeras).

No menos altura que las creaciones literarias logran por entonces las artes plásticas, punto que tampoco requiere explicación particular puesto que es ya de los reconocidos y más divulgados. La escuela, o mejor dicho, las escuelas españolas de pintura que culminan en Velázquez y renacen a fines del siglo XVIII con la potente originalidad de Goya; los tipos nacionales de arquitectura, de belleza y carácter propio cada vez más conocidos y estimados a saber: el mudéjar, el plateresco, el llamado "isabelino" y el barroco que, en medio de su extravagancia tiene expresiones de gran valor; las artes industriales, de admirables expresiones en la cerámica, la orfebrería, los hierros, los artesonados, los cueros estampados y repujados, los bordados (populares y de lujo, los primeros aun vivos en muchas regiones), los encajes, etc.; la escultura, en fin, que durante mucho tiempo se creyó inferior y que ya se revela en sus creaciones propiamente nacionales, y singularmente en las ejecutadas en madera, a tanta altura como otras manifestaciones artísticas conocidas y ensalzadas hace tiempo: tal es el cuadro resumido del formidable aporte hecho por España en ese orden esencial de toda civilización llegada a la madurez.

III

La breve y fragmentaria decadencia (porque no alcanzó la totalidad de las actividades nacionales) que se produjo a fines del siglo XVII, particularmente en el orden de la creación científica, artística y literaria, quedó interrumpida bien pronto por el renacimiento positivo que en la esfera de las ciencias de observación singularmente, se produjo a mediados del siglo XVIII. Ese renacimiento—que revela, todavía más que el generoso empeño de algunos gobernantes, la perduración de los gérmenes de la gran época anterior—se manifestó especialmente en el grupo de las Ciencias naturales con aportaciones de materia botánica, zoológica, mineralógica, geodésica, etc., y en el de las físicas y químicas: todas ellas difundidas por el mundo científico y estimadas por autoridades como Linneo, Humboldt y otras. Es muy curiosa la coexistencia de este nuevo florecimiento, que actuó principalmente en América como campo de estudios, con la real decadencia de las Universidades; lo cual, si de una parte parece demostrar que esta decadencia no afecta siempre tanto como se dice a la producción científica, de otra corrige el menosprecio con que sobre la única base de aquélla se ha solido juzgar la aportación española a la cultura de sus colonias en vísperas de la independencia. Poco después habría de añadirse al rena-

cimiento científico el que, como ya dije, representa Goya en la pintura.

La decadencia general se presentó no obstante nuevamente en los primeros años del siglo XIX por efecto principal de la guerra de la Independencia y de las luchas políticas. Pero la guerra citada fué por sí misma un hecho de orden social y político notable, ensalzado por Fichte y que contribuyó grandemente al triunfo del principio de las nacionalidades e incorporó idealmente a España otra vez al consorcio universal.

En fin, el nuevo renacimiento de la cultura, de la economía, de la vida social y del patriotismo que comenzó a señalarse en los últimos años del siglo XIX y se acentúa y ensancha cada vez más en lo que va corrido del XX, señala, no sólo la muy extensa reintegración del país al movimiento universal, sino también la renovación de sus aportaciones a la obra general humana, juntamente con la depuración y afirmación de las notas genuinas de nuestro espíritu, que es lo mejor con que podemos—y debemos—cooperar a la labor de los otros pueblos (1).

Ese renacimiento, cuyas manifestaciones externas atrajeron primeramente la atención de los observadores extranjeros, ha originado también el

(1) Sobre ese renacimiento puede verse, en cuanto a una de sus direcciones más características, mi conferencia (París, 1927) *L'Espagne a l'heure presente: sa recente evolution spirituelle et sociale,* y en cuanto a los pormenores, el capítulo X de mi *Historia de la civilización española* (edición citada de mis *Obras completas*).

hecho de que fuesen percibidas las cualidades (permanentes o solo actuales) que caracterizan nuestra modalidad sentimental y moral. Así se han ido concretando en los estudios sobre nuestra psicología colectiva las notas que revelan el alma española como un depósito de valores espirituales que hacen de ella un fondo de reserva en la crisis actual del mundo y un factor de reconstrucción de ciertas bases sustanciales de vida social resquebrajadas y a punto de ruina en el momento presente de muchos pueblos. Basta recordar—para no aducir aquí sino testimonios ajenos—lo que señalan y ensalzan en ese orden de nuestra espiritualidad escritores tan opuestos como Havelock Ellis y Legendre. Nuestro mismo "quijotismo", tópico de burla más o menos suave en tiempos de escepticismo y materialismo, adquiere hoy, ante la catástrofe moral visible en tantos lugares del globo, toda la profunda significación humanitaria que contiene.

Y al lado de esas notas, la observación ha revelado la existencia de otras que hasta hoy se consideraban como ausentes de nuestro espíritu y aun imposibles de florecer en él por naturaleza o por errores de educación, tales como la facultad de adaptación a los cauces modernos de la vida—sin perder el fondo castizo de nuestra idealidad—bien revelada en los millones de ejemplos de nuestros emigrantes en América y en otras partes del mundo.

Todas esas cualidades, aptitudes e inclinaciones,

significan un aporte (que ya actúa y que puede en momentos graves pesar fuertemente), tan valioso por lo menos—en algunos respectos esenciales de la vida seguramente más—que las del orden científico, literario, artístico o económico que con excesivo exclusivismo se han solido estimar como las únicas expresivas de una potencia de civilización apreciable.

XII

La personalidad hispánica (1).

Ya nadie duda de ella, si no es algún español que así cree responder a sus anhelos de radicalismo y modernidad. Reconocen la unidad de nuestro mundo, cuyos dos grandes brazos se extienden por Europa y por América, todos los extranjeros que nos estudian. La reconocen, no sólo en el idioma—que es mucho más que léxico y sintaxis—y en la orientación general de lo que solemos llamar civilización, sino también en muchas determinaciones bien concretas de vida, como, por ejemplo, el sistema y la mentalidad de Derecho, que recientemente ha obtenido una consagración solemnísima.

Pero si el reconocimiento, para que convenza, tiene que venir de los otros, su aprovechamiento ha de ser exclusiva obra nuestra. A que se realice vengo dedicando, hace muchos años, predicaciones

---

(1) Nota escrita para responder a la encuesta sobre el tema que indica el título, por la "Revista del Centro de Información española".

públicas y gestiones privadas. Comienzo ya a desesperar de que quienes pueden acometer la acción, porque son dueños de los medios y los caminos para realizarla, cumplan con ese primordial deber patriótico. El abandono efectivo—aparte algunas superficiales manifestaciones—de nuestra comunicación general con América en lo que depende de los hechos de los poderosos (políticos y no políticos), justifica mi temor.

Pero si yo no fío en los demás (o por lo menos, en aquellos a quienes aludo), fío en mí y en los pocos que tienen conciencia de lo que más nos importa en la hora presente, y además creo (y practico) que el pesimismo respecto de los otros no justifica el nuestro, con su secuela natural, la inacción.

¿Hay a la vista una nueva ocasión de afirmar y apretar nuestra personalidad? Aprovechémosla, aunque sólo sea para gritar a los dormidos de alma lo que es preciso hacer para no destruir nuestro futuro. A lo menos, lograremos así que se vaya formando aquella opinión general que, llegada a una cierta fuerza, será la que actúe y realice las cosas, rompiendo la costra indiferente de los que, llamándose directores de los pueblos en lo político o en lo económico, sólo sirven para estorbar que las espontáneas solicitudes de éstos encuentren el cauce de su satisfacción.

Acordémonos de que somos españoles en el Congreso Postal de Madrid y de que la palabra "es-

pañol" tiene un sentido y un área de comprensión que excede con mucho de este pedazo de Península, que parece empeñado en cerrar los ojos al porvenir que por todas partes chispea con las luces de un amanecer precursor.

1920.

XIII

Covadonga.

Ciertamente, a nadie puede ser sospechosa mi opinión en lo que se refiere al valor e interés de los temas históricos. Por eso me atrevo a expresarla diciendo que respecto del de Covadonga se ha dicho ya todo lo que tenía que decirse, y que el resultado útil de las investigaciones y las discusiones es el suficiente para que aquel nombre, en relación con el hecho secular de la Reconquista, permanezca siempre como un motivo grato a los asturianos y digno de recordación.

Eso mismo nos permite volver los ojos ahora, principalmente, a lo que Covadonga significa, no sólo en el presente y en el porvenir asturiano, sino también en la función nacional que Asturias ha ejercido desde sus comienzos y debe continuar ejerciendo.

Aunque esto segundo es cosa bien conocida, no es inútil recordarla, porque en la lucha entre las fuerzas disociadoras y las asociadoras de nuestro espíritu nacional, Asturias ha pertenecido siempre a las primeras al mismo tiempo que afirmaba,

sólidamente, la particularidad regional que conserva sin esfuerzo alguno. Esa posición armónica, al mismo tiempo asturiana y española y perfectamente compatible con toda aspiración de régimen más o menos particularizado o autonómico, es la misma que ha representado Valencia en el siglo XIX, segun expresó con gran sentimiento poético Teodoro Llorente, y la que ha ejercido también Aragón.

Quizá el sentimiento *nacional* de Asturias procede inconscientemente, pero con toda la fuerza que tiene ese factor espiritual, del eco que dejó en las generaciones sucesivas el arranque independiente de Covadonga; pero sea el que fuere el valor de realidad que corresponda a esa hipótesis, bastaría, para explicarse el hecho a que ahora aludo, la profunda colaboración ejercida por el alma asturiana en la creación de la resultante central de nuestro pueblo que designamos con el nombre de "castellana" y que en su acusada personalidad, aparentemente de líneas sencillas, encierra una complejidad riquísima procedente de los elementos que en los siglos pasados reunió, fundió y aprovechó para su formación.

Asturias puede estar segura de que en esa honda y callada labor secular de cristalización anímica, le cupo una larga participación que va desde el idioma hasta el mismo sentido de organización y dirección social. Y todo eso, lo evoca, para quien medite un poco, el nombre bien asturiano de Covadonga.

Respecto del presente, Covadonga es el centro de movilización espiritual del pueblo asturiano, donde éste busca a cada paso, de modo instintivo, la renovación de las energías necesarias para continuar la labor que su tradición le impone. Y para el presente y el futuro, Covadonga, como expresión auténtica del genuino paisaje asturiano, es decir de la modalidad de la naturaleza serrana de la región, debería ser el lugar típico del turismo, propalado y ensalzado a los cuatro vientos de la publicidad universal para atraer a él todas las almas enamoradas o curiosas del hispanismo en lo que tiene de más original y de más "humano" también.

1927.

XIV

Dos manifiestos patrióticos.

I

Al pueblo español.

En 1898, los marinos de guerra españoles realizaron uno de los actos de patriotismo que requieren valor más heroico. Conocedores de la inferioridad de sus medios materiales frente a los que contaba el enemigo; seguros de la ineficacia militar de su sacrificio; con la clara visión de la muerte y de la no merecida derrota como final del esfuerzo que se les pedía, lo arrostraron todo, serenos y decididos en el cumplimiento de su deber para el que estaba negada en absoluto toda rendición sin combate.

Al realizar ese grandioso acto, no se limitaron aquellos hombres a cumplir con la disciplina, nervio de la vida militar; no defendieron sólo el honor de las armas, más delicado y vidrioso que otro alguno. Hicieron algo más, mucho más grande y transcendente; afirmaron de modo brioso el

nombre de España; probaron al mundo que seguían siendo notas de nuestro espíritu la hidalguía, el valor sereno y el sacrificio estoico, y advirtieron a las gentes, en los mismos momentos en que un inexplicable pesimismo encorvaba el alma de muchos, que hay cosas imperecederas en los pueblos, y que el nuestro las conservaba en no pocos de sus hijos como prenda y anuncio de un próximo renacimiento.

Quizá no supimos ver entonces esa elevada significación de aquel heroísmo; quizá los otros hombres no supieron tampoco apreciar lo que también para ellos podía haber de importante en el acto de nuestros marinos. Pero el rodar de las cosas humanas, que siempre saca a flote las más fundamentales y hondas, ha venido en estos últimos años a demostrar a la humanidad, distraída antes con ensueños vagos, la esencialidad del patriotismo y a sublimar el culto de él, en cuyas aras de sangre y fuego se acendran y subliman las más altas virtudes del espíritu, las que llaman al olvido de los bienes propios en holocausto de los intereses generales y de la vida y la libertad futura de los pueblos.

A la luz de esa sublimación heroica de las patrias, que hemos contemplado con asombro y con admiración, el hecho realizado por los marinos españoles de 1898 adquiere repentinamente la gigantesca representación que le corresponde; y en méritos de él, el nombre de España ha vuelto a ser otra vez, incluso en labios extranjeros, sím-

bolo de las cosas inefables por las que se sacrifican y mueren los hombres.

¿Dejaremos pasar más tiempo nosotros, los españoles, sin rendir a aquellos hermanos nuestros de Santiago y Cavite, la justicia que les debemos? No puede ser y no será.

En nombre de esa justicia, incumplida hasta hoy, pedimos a todos los españoles el concurso de su entusiamo y de su cooperación material para que pronto, en la forma más grandiosa que el Arte pueda prestarnos, sea un hecho el Homenaje que merecen todos aquellos jefes y soldados, generales, oficiales, clases y marineros, que supieron encarnar, sin baladronadas ni gestos teatrales, una de las notas más puras del alma nacional.

Madrid y julio de 1919.

II

Al pueblo de Cartagena.

La Comisión Organizadora del Monumento a los marinos que pelearon por la patria y el honor nacional en Santiago de Cuba y Cavite, ha escogido Cartagena como lugar donde ha de erigirse el testimonio de la justicia y la gratitud de los españoles para con aquellos héroes.

Al hacerlo así, no ha tenido en cuenta tan sólo el hecho de haber sido Cartagena el sitio de donde partió la escuadra que en Cuba sostuvo tan no-

blemente nuestra dignidad, sellándola con la sangre de los altos y de los humildes, igualmente heroicos en aquel día de luto y de gloria. Ha pensado también que Cartagena, por una tradición secular que se remonta a los tiempos de nuestras poblaciones primitivas, ha inclinado su espíritu en fervoroso culto hacia el mar que la baña y hacia la vida del mar, y sabe sentir todo lo que hay de azaroso y abnegado, de espiritual y de útil, en las manifestaciones de la vida marinera a la que debe tanto la civilización de los pueblos.

Por eso está segura la Comisión de que al depositar en Cartagena el sagrado encargo de levantar el Monumento y de ampararlo con su amor y con sus cuidados, ha escogido bien el representante de sus anhelos y de la manifestación de patriotismo que representa la suscripción, nutrida por aportaciones variadísimas, desde la Augusta de sus Majestades y Altezas a la de los españoles que en tierras lejanas sienten el amor de la tierra natal con acrecido e inextinguible entusiasmo.

La Comisión sabe, pues, que toda Cartagena comprenderá el valor de lo que la entrega, y que acudirá con todos sus más acendrados sentimientos a la obra de cooperación que pide el coronamiento del propósito, cuajado ya en una obra de arte admirable, próximo florón artístico de esta hermosa tierra.

A todos los hombres que aquí viven o aquí nacieron; a todas las mujeres que dieron o darán hijos que el Mar les viene reclamando secularmen-

te; a los niños de las escuelas, futuros artistas cívicos de la gran obra nacional, importa que esta justicia comenzada por nosotros, se termine con todo esplendor. Ella representa, por una parte, el testimonio de la dignidad española que sabe morir segura de que su muerte, si no da el triunfo guerrero, proporciona el del honor, que es cosa más alta; representa también el concurso que a ese sereno y viril sacrificio aportaron juntamente los hijos de todas las clases sociales de este pueblo, que por algo ha sido siempre pueblo de hidalguías y de profundos, esenciales sentimientos democráticos que vigorizan su vida entera y une a todos los que lo forman.

Vuestra es desde ahora, cartageneros, la responsabilidad y la honra del Monumento a nuestros hermanos de Santiago y Cavite.

XV

Patriotismo y nacionalismo.

Hace pocos días uno de nuestros alumnos del Instituto Diplomático y Consular leyó su tesis de fin de estudios, que versaba sobre los movimientos nacionalistas contemporáneos y, especialmente, sobre el italiano y el francés. Para el graduado son esos movimientos una consecuencia indeclinable del principio de las nacionalidades y de la exaltación de los sentimientos patrióticos; y la cuestión hubo de ser discutida por el Tribunal. A mí me dura aún la preocupación del tema, y quiero desahogarla en esta crónica porque, además, creo que hiere en lo vivo uno de los problemas más graves que la humanidad tiene planteados actualmente: quizá el primero en gravedad de todos los que afectan a las relaciones entre los Estados.

Empiezo por sentar categóricamente la afirmación de que los nacionalismos actuales no son una consecuencia lógica, ni del patriotismo, ni de la doctrina de las nacionalidades de que fué abanderado en 1919 Wilson y que consagró políticamente el Pacto de la Sociedad de las Naciones. Expre-

sando la misma idea en otra forma, digo que se puede ser patriota y defensor de lo más radical que encierra la teoría de las nacionalidades, sin ser por ello nacionalista a la manera de Barrés y otros tales. Esa posibilidad la afirmo sobre la base de realidades comprobadas. Puesto que hay, positivamente, muchos patriotas y adeptos del principio político de las nacionalidades que no son nacionalistas, es seguro que esta última posición espiritual no es tan indeclinablemente lógica que arrastre a todos los hombres que se hallan en las primeras, y que éstas son tan naturales en nuestra mentalidad y sentimentalidad como pueda creerse que lo es la nacionalista.

Conviene insistir en este hecho, porque en las ciencias sociales tiene y debe tener, para todo investigador libre, más fuerza "lo que es" que lo que nos parece "deber ser", ya que la política, en cuanto dirección de conducta social, ha de cumplirse necesariamente con los elementos de realidad que ofrecen los hombres. Vuelvo, pues, a decir que existen muchos de éstos para quienes ser patriotas y fervientes partidarios de la doctrina de las nacionalidades, no les fuerza a devenir nacionalistas: ni en lo agresivo de esta política, por lo que se refiere a las relaciones internacionales, ni en su inclinación retrógrada (aquí es exacta la aplicación de ese calificativo) en punto a la idealidad y tipo de vida de una Nación determinada.

En efecto. Se puede ser y se es patriota, intensamente patriota, sin creer que la vida y defensa

de la patria respectiva se hallen, ni en la inmovilización de una modalidad determinada, ni mucho menos en la vuelta a posiciones históricas de vida que ya pasaron, por muy brillantes y ventajosas que fueran en la época en que se produjeron. Cabe amar a la patria y desearla siempre grande y próspera, sin pensar que esas ventajas están irremisiblemente vinculadas con un modo particular de concebir la vida en todas sus determinaciones, y mucho menos que ese modo sea precisamente el de hace uno, dos o tres siglos. Se puede querer, y en mi opinión se puede lograr, esa patria grande y próspera, dejando abierto el espíritu a todas las novedades y perfeccionamientos, a todas las amplitudes de organización y convivencia que los hombres van concibiendo a medida que la experiencia de lo ya probado les abre nuevos horizontes para la resolución de sus problemas. En suma, y para llamar a las cosas con nombres vulgares que todo el mundo entiende, se puede ser "patriota" (no de labios afuera, sino de hecho, y trabajando intensa y continuamente por la patria) y al mismo tiempo ser "liberal", en la más amplia y noble acepción de la palabra; y así lo son, en efecto, muchos hombres de las generaciones modernas que no ceden a ninguno de las antiguas o de los orientados hacia éstas, en pruebas fehacientes de amor desinteresado a la tierra en que nacieron y en que formaron su espíritu. Esos hombres no serán nunca "nacionalistas" a la manera de los nacionalismos actuales (los de Na-

ciones ya políticamente constituídas y los de grupos sociales que pugnan por ser reconocidos, dentro de una unidad histórica, como Naciones y Estados); pero es indudable que cometería una insigne locura todo país que desdeñase a esos hombres o los borrara del grupo de factores útiles en la creación continua que el progreso de una Nación exige.

Digo lo mismo en cuanto al aspecto internacional del patriotismo. He peleado siempre contra todas las patrioterías, que me parecen funestas y germen seguro de los imperialismos que, a su vez, se basan en la sobreestimación de las propias cualidades y energías y el menosprecio de las ajenas; pero nunca he creído que el verdadero patriota hubiese de ser por necesidad un patriotero de esa calaña. La diferencia estriba, claro es, en el modo de concebir la patria, en cuanto personalidad nacional, y la humanidad en cuanto conjunto de patrias. Es probable que esa diferencia no sea bien percibida aún por la masa de las gentes. Una vez más creo que el primer paso para entendernos en esto sería hablar con sinceridad absoluta. Ello obligaría, sin duda, a que muchos hombres empezaran por un riguroso examen de conciencia, confesándose a sí mismos qué es lo que entienden decir al hablar de restauraciones de prestigios y de potencialidades de su país o de engrandecimientos de él.

Las declaraciones de este género que tan a menudo leemos en libros y periódicos de todos los

países, me ponen casi siempre en guardia. Cuando releo, por ejemplo, algunos de los diálogos de Reyles en su novela *El embrujo de Sevilla*, que tan hondo ha calado en ciertos aspectos el alma española, me pregunto qué quieren decir aquellos personajes tan de la Península (lo mismo en Sevilla que en Barcelona, "entre los que llamaríamos hombres "antiguos" y los que más blasonan de "modernos" sin serlo siempre), cuando expresan el anhelo de ver a España "otra vez", "grande y fuerte", "cobrar la antigua pujanza", fabricarse "una nueva y grande ilusión vital, una Dulcinea que no sea Aldonza Lorenzo y que nos induzca a cometer placenteramente muchas fecundas locuras"; y me digo que lo mismo puede contener eso una aspiración humana de cooperación y de cultura en la obra universal, de ser todo lo más que podamos en "lo nuestro", "revelando nuestro secreto", "descubriendo nuestra enjundia" y dando todo lo mejor de que seamos capaces (como respecto del Arte lo siente y lo dice el pintor Cuenca), que la amenazadora ambición de engrandecimiento a costa ajena o de absorción mercantil a costa de la miseria o la servidumbre de los otros, que se hallan en el fondo del alma de todo imperialista, político o comerciante.

La duda es tanto más lícita y natural, cuanto que unas mismas palabras sirven para cubrir diferentes pensamientos. Cuando Cuenca habla de la "divina apetencia de enseñorearnos del mundo, de prolongarnos en el tiempo y en el espacio", ¿qué

es lo que hay, consciente o inconscientemente, en lo hondo de su espíritu? ¿El señorío espiritual, hijo necesario de las excelencias de la obra cumplida que trae consigo esa prolongación en el tiempo y en el espacio, cumplida ya en nuestra raza por hombres como Cervantes y Velázquez, o el señorío de los conquistadores aragoneses o castellanos en los siglos que llaman "gloriosos" de nuestra historia? Quizá el mismo Cuenca no lo sabría decir de primera intención; ni como él tantos que son personajes reales en la vida actual de todas las demás Naciones. Pero eso es lo que precisa averiguar y decir pronto, para que cada cual ocupe su sitio y sepa adónde quiere ir, o adónde le quieren llevar los otros.

Por mi parte, lo que afirmo nuevamente es que hay muchos hombres en mi patria, y en todas las otras, para quienes el ideal de grandeza de su Nación no se edifica sobre despojos o mediatizaciones de vida ajena, sino sobre el cultivo de las calidades y riquezas propias, defendiendo y sublimando la genuina originalidad y patrimonio de cada uno para mejor contribuir a la labor humana de mejoramiento, que requiere todas las colaboraciones. Para que esa labor se realice ampliamente y sobre la base de una satisfacción del derecho de cada cual, es para lo que necesitamos que se reconozca y respete la personalidad de cada grupo humano, y que dentro de él se acentúe hasta el máximo posible la potencialidad de vida propia y el amor a ella, que es progreso de acción fecunda.

Y por pensar así el problema, he creído y he predicado siempre que se puede ser patriota sin ser imperialista, y que la confusión de ambas cosas es lo que ha dañado y dañará siempre a lo mismo que se quiere enaltecer. Pero basta el hecho de que sean distinguidas y separadas ambas cosas en el espíritu de muchas gentes, para que pueda refutarse la pretensión de que solo existe una manera de amar y engrandecer la Nación que es nuestra patria.

1924.

XVI

Una encuesta sobre el patriotismo.

El Congreso Internacional de Educación Moral es, seguramente, conocido por algunos de mis lectores; pero sin ánimo de ofender a nadie, me permito creer que la mayoría sólo tiene una idea vaga de aquella institución.

No es extraño que sea así: en primer término, porque el Congreso, que inició su acción pública en 1908, es por lo tanto de fecha reciente, y además, vió paralizada su propaganda durante los años de la guerra y después, hasta 1922; y luego, porque, en virtud de lo que acabo de decir, sólo ha podido celebrar hasta hoy cuatro reuniones, la última de ellas en Roma, hace cuatro meses. Por otra parte, el Congreso Ejecutivo Internacional que dirige la asociación, y del que tengo el honor de formar parte, no ha extendido todavía su acción a los países de América, salvo los Estados Unidos del Norte, donde la representan el presidente de Columbia University, Murray Butler y el Dr. Félix Adler. Como ya supondrán los que me lean, desde que ingresé en el Consejo he procurado que

extendamos nuestra labor a los países hispanoamericanos y que los documentos del Congreso se publiquen no sólo en inglés y francés, sino también en castellano. A medida que los fondos de que dispone la sociedad crezcan, podrán realizarse ese y otros propósitos con progresiva amplitud.

Sin duda, el título de la asociación se presta a equívocos en nuestro idioma. La palabra "congreso" evoca en nosotros, inmediatamente, la idea de una asamblea que delibera sobre tales o cuales asuntos y que es temporal; pero no la de una sociedad permanente que actúa permanentemente, aunque su instrumento principal de trabajo haya sido, hasa hoy, la celebración de Congresos internacionales en que se discuten temas de educación moral. Como antes dije, el primer Congreso se celebró en 1908 y en Londres; el último, en 1926 y en Roma. Los otros dos fueron el de 1912 en La Haya y el de 1922 en Ginebra. El próximo se celebrará en 1930 y en París.

Una de las conclusiones votadas en el de Roma dice así: "Que se interese del Consejo internacional ejecutivo la reunión de opiniones referentes a la posibilidad de un Código moral universal, como base para la educación..."; y el Consejo, en su reunión del 14 de diciembre último, acordó dirigirse en primer término a sus miembros para que emita cada uno su opinión personal sobre la materia.

Por otra parte, la Oficina Internacional de Edu-

cación que funciona en Ginebra en íntima colaboración con el Congreso de Educación Moral y que se ocupa ahora, muy especialmente, de la reforma de la enseñanza histórica, ha tomado la iniciativa de circular una encuesta cuyos resultados pueden contribuir mucho a la eficacia de los trabajos preliminares para la reunión del Congreso en 1930 y para la discusión de su tema principal. El Consejo Internacional se ha apresurado a difundir entre sus miembros y los socios todos, el programa de esa encuesta.

El tema no puede ser más interesante y quizá, también, más oportuno. Es el del "patriotismo". Sobriamente, y con gran precisión, la Oficina de Ginebra fundamenta la importancia de su iniciativa en los párrafos siguientes: "Se ha estudiado muy poco hasta hoy los sentimientos referentes al patriotismo. Muy especialmente, creemos que no se ha prestado aún suficiente atención a las muy grandes diferencias que existen en las que podrían llamarse "conciencias" o "experiencias" patrióticas. Los historiadores las han señalado con relación a diferentes épocas; pero los sociólogos y los psicólogos no han estudiado el modo de su distribución conforme a las civilizaciones, los países, las clases sociales y los individuos, y los educadores no les han prestado atención ninguna. El cuestionario que sigue a estas líneas ha sido preparado para contribuir a ese estudio."

No voy a transcribir el cuestionario, aunque la Oficina insta a quienes lo reciban (y la instancia

toca principalmente a sus miembros y a los del Consejo varias veces citado), a que difundan aquel documento lo más que puedan, claro es que "sin alterar en manera alguna el texto, ni añadirle comentarios tendenciosos en ningún sentido". Muy lejos de mi ánimo el incurrir en esta segunda indiscreción, creo, no obstante, útil para la propaganda del intento decir algo sobre ciertas razones que fundamentan la importancia de la encuesta y su trascendencia social y política. Mas, para hacerla así en forma breve, como corresponde a un artículo periodístico, y con claridad para el lector, es necesario indicar la orientación general de la encuesta. Eso exige la cita de algunas de sus preguntas. Son éstas 35, y varias, probablemente, de difícil contestación para quienes no tengan costumbre de hacer examen de conciencia, o como se decía entre nosotros hace años, de utilizar la "introspección". De todas ellas escojo unas cuantas, a mi juicio de particular interés o gravedad. Les conservo su numeración correlativa.

"3.ª—¿Experimenta usted sentimientos negativos respecto de su patria y, en caso afirmativo: a) le choca a usted la idea misma de ser "patriota"; b) o repudia usted personalmente el patriotismo porque halla usted en el que sienten sus compatriotas algo que le hiere?

"4.ª—¿Distingue usted en su patriotismo el lazo que le une a su patria local (aldea, ciudad, cantón, región) y el que le liga a su país (Estado)? ¿Cuál de los dos es más fuerte en usted?

"10.ª—¿Siente usted una atracción análoga a la de un sentimiento patriótico, hacia un grupo social definido dentro de la misma patria, a saber: de raza, clase social, casta, partido, sociedad secreta, corporación, compañeros de profesión?

"11.ª—¿Se siente usted espiritualmente más próximo a un extranjero que participa de las convicciones religiosas o filosóficas de usted que de un compatriota que las tiene diferentes? (Esta misma pregunta se aplica, en el número 12, a las opiniones políticas).

"15.ª—¿Se siente usted ligado a quienes hablan el mismo idioma de usted, independientemente de las fronteras políticas?

"18.ª—¿Coloca usted el interés de su patria por encima del de los demás países?

"25.ª—Si tiene usted hijos o si llegara a tenerlos, ¿encontraría usted aceptable que la escuela desarrollase en ellos el patriotismo?

"26.ª—¿Cree usted que esa especie de educación ayuda a la aceptación de la guerra?

"27.ª—Cuando estalla la guerra ¿qué es lo que usted estima que la produce: los intereses financieros, los nacionales o raciales, sentimientos oscuros o ambiciones individuales?"

Creo que estas pocas citas ilustran suficientemente sobre la atención, la minuciosidad y la penetración psicológica del cuestionario. Dejo a un lado la cuestión de si obtenidas respuestas suficientes para establecer, por lo menos, conclusiones provisionales, convendría ahondar y precisar aún más en una

segunda encuesta; pero sí añado que en la elección de preguntas de muestra que acabo de hacer, me ha guiado (sin perder de vista la información general a que ya me referí) la conexión de ellas con cuestiones que me han preocupado mucho en estos últimos años y con el problema del pacifismo.

Diré, por de pronto, que me parece clara la experiencia en punto al diferente modo de entender el patriotismo (y aun diré a los "diferentes modos") que tienen los hombres de un mismo pueblo, caso aparte de los que repudian esa idea y su sentimiento correspondiente. También es clara la existencia de una falta grande de precisión respecto de esos puntos en la mayoría, y así se advierte cuando se les obliga a definir lo que ellos creen ser sus convicciones o sus amores en ese orden. Semejante falta de precisión es la que, a mi juicio, envuelve mayor gravedad. Se presta a toda clase de impulsiones y a toda especie de propagandas. Explica las contradicciones de conducta, tan frecuentes en esto del patriotismo. Es, sin duda, una de las fuentes más abundantes de guerras, o por lo menos de despertamiento de animosidades colectivas, explotadas por quienes tengan, en cada momento, interés en desencadenar la guerra o la pasión de la acometividad y del triunfo.

Es, en fin, una de tantas situaciones de falsa conciencia, de opinión no reflexionada y, por ello, sin precisión, que colocan al individuo en un plano inclinado fácil a los deslices más peligrosos. Llamar

a la reflexión respecto de ella es hacer buena obra preventiva en el orden político y en el social. La considero del mismo orden y de igual importancia a la que, hace un año, fué objeto de una sugestión mía en el informe que sobre la propaganda de las ideas y los sentimientos pacifistas me pidió la Sección de Educación de la Fundación Carnegie. Propuse entonces "la realización de investigaciones (en la forma de encuestas y en otras varias) que dieran por resultado, en cada país, la determinación más exacta y completa posible de la opinión actual y común respecto de los demás países del mundo, y singularmente de los prejuicios vulgares que con referencia a cada uno se tienen, de las cualidades y defectos que se les atribuyen, y de las razones de simpatía y antipatía hacia los extraños" (1).

Como se ve, el pensamiento que inside en esa sugestión coincide con el de algunas de las preguntas del Cuestionario de Ginebra, y particularmente, quizá, con la núm. 27. Estoy convencido de que mientras no penetremos en lo hondo de esos estados de conciencia o de subconciencia, y no veamos claro en ellos, no estaremos suficientemente preparados para luchar con eficacia—la eficacia posible en estas cosas—, contra las tentaciones de la guerra como medio de resolver los conflictos internacionales.

La encuesta lanzada por la Oficina Internacional

(1) He publicado en español el informe citado con el título de *La propaganda de las ideas y los sentimientos pacifistas*. Madrid, 1926.

de Educación puede contribuir muchísimo a que comience la luz en esas gravísimas cuestiones. Ayudar a que logre un completo buen éxito será, me parece, hacer justamente obra de patriota y de pacifista: posiciones espirituales que, una vez más lo digo, no están en mi opinión sustancialmente reñidas.

1927.

XVII

La crisis actual del españolismo.

En 1898 era preciso ser muy español para no caer en el pesimismo. Nótese que digo "español" y no "patriota", cosas muy distintas y que pueden no darse a la vez en una misma persona; pero no es éste el momento de explicar semejante diferencia.

Lo es tan sólo de comparar la situación de 1898 con la presente, para decir que también hoy es preciso ser muy "español" para no caer en un extremo opuesto de exagerado optimismo. Todo parece conspirar ahora para acrecentar ese riesgo. De una parte, los juicios de quienes nos visitan (incluso de quienes con más sinceridad y más acendrado amor a nuestra tierra nos hacen el favor de no ocultar los defectos) expresan gran admiración por los adelantos que en pocos años han conseguido muchas de nuestras actividades nacionales. De otra parte, los estudios históricos, cada día más impregnados de amor a la verdad y de espíritu crítico, van acreciendo las rectificaciones a los errores e ignorancias que hasta ahora enturbiaron la imagen de nues-

tro pretérito. Y a la vez, en la España misma, muchos de los que antes juzgaban ese pasado con el criterio que habían aprendido en los censores "progresistas" extranjeros del siglo XVIII y del XIX, cambian su punto de vista por otro más acomodado a la verdad de los hechos y a la exacta posición histórica.

Tienen a mi juicio tan grande interés esos hechos historiográficos a que me refiero, que estimo útil detenerme un momento en su consideración. Con ello será más clara y precisa la conclusión que enlace con las afirmaciones que inician este artículo.

El valor principal de las rectificaciones históricas—aparte del intrínseco que representa todo restablecimiento de la verdad, que se traduce desde luego en una justicia—consiste en lo que quebranta la visión simplista de los hechos históricos que la masa se forma por exigencia espontánea inevitable de su psicología. Pongamos el ejemplo, muy sobado, pero siempre capital, de nuestra decadencia en el siglo XVII. Quien haya explorado un poco el concepto que de ella tienen, no los eruditos, sino el gran público más o menos letrado, sabe que éste se figura por lo común la decadencia española como un acontecimiento que se produjo de una vez, dividiendo la historia de España en dos grandes mitades. En la mitad anterior a la catástrofe, todo eran glorias, aciertos y ventajas; en la que vino después, todo errores y desastres, lo mismo en el orden político que en el militar, en el literario, en el artísico, en el cien-

tífico, etc. Por supuesto, ni una siquiera de las personas que así creen que fué nuestra historia en siglos pasados es capaz de decir cuándo empezó realmente esa decadencia y hasta cuándo puede afirmarse que duró. A lo sumo contestan con la fecha puramente militar de la batalla de Rocroy (1643), y con eso evidencian que su criterio es análogo al de los políticos después de una crisis en que fué derribado su partido. Para ellos cesa de contar un país desde el momento en que ya no es quien se impone a los otros por su fuerza guerrera, aunque en su vida interior siga, con mayor provecho para él y para la civilización, produciendo cosas y actos útiles.

Ese criterio simplista según el cual, también, una vez perdida su hegemonía militar—que eso y no otra cosa es la hegemonía política clásica—, España no acertó a realizar cosa buena ni aun a lograr triunfos guerreros, es lo que poco a poco va rectificando la crítica histórica.

Vayan dos ejemplos que reunen, a su condición muy periodística de actualidad, la de referirse ambos a las guerras y contiendas diplomáticas con Inglaterra, en que, dicho sea de paso, no fuimos siempre los agresores ni los culpables.

El primer ejemplo nos lo ofrece una preciosa monografía escrita por la señorita I. A. Wright y editada por la Royal Historical Society de Londres con el título de "Relaciones españolas del ataque inglés a Santo Domingo en 1655" (Spanish narratives of the English attack on Santo Domin-

go, 1655. London, 1926). Como dice su título, componen esa monografía los relatos españoles de aquella acción militar que permanecían inéditos y que la señorita Wright (infatigable rebuscadora de nuestros archivos, singularmente en lo que se refiere a las Indias occidentales) ha leído, copiado y traducido al inglés. Son tres esos relatos, y los tres se hallan en nuestro Archivo de Indias, tan lleno aún de sorpresas y novedades. La sustancia de esas piezas históricas está resumida en el siguiente párrafo con que la autora encabeza la introducción de su librito:

"En el año 1655 una expedición inglesa enviada por Cromwell al mando del almirante sir William Penn (en lo que se refiere a la Marina) y del general Robert Venables (en lo relativo al ejército de desembarco), trató de apoderarse de la Isla Española (Santo Domingo), la mayor y más preciada de las Indias occidentales. La flota que surgió ante la ciudad de Santo Domingo en 14 de abril era ciertamente formidable. Ninguna mayor que ésa había atacado nunca las colonias de Su Católica Majestad en el Mar Caribe. Desembarcaron ocho o nueve mil hombres "bizarros guerreros ingleses", según se dijo. Tras algunas vicisitudes y no habiendo realizado nada de provecho, hubieron de reembarcarse (el 4 de mayo), debilitados por fuertes pérdidas. Los relatos ingleses contemporáneos convienen en reconocer que fué éste uno de los más vergonzosos desastres sufridos por las armas inglesas".

Ciertamente, la señorita Wright no descubre ninguna novedad. Las fuentes inglesas de ese suceso se publicaron en 1879. Pero lo interesante es que se repita la rectificación, y que merced al nuevo testimonio, llegado en momentos más propicios a toda "amende honorable" a España, pueda el gran público comparar la fecha de 1655 con la de 1643 (Rocroy) y el desastre inglés de aquel año con el de la Armada Invencible, que a muchos parece todavía algo que sólo a España podía ocurrir.

Coincidiendo con el librito a que vengo refiriéndome, un joven historiador norteamericano (también es norteamericana la señorita Wright) ha terminado, y muy pronto dará a las librerías, un estudio sobre la célebre cuestión de las Islas Falkland o Malvinas, en que hasta ahora la historiografía extranjera se resistía a reconocer el derecho de España, para nosotros indudable. El nuevo libro hace justicia a nuestra posición diplomática en aquella ocasión, y una vez más demuestra que los atropellos internacionales no son patrimonio exclusivo del imperialismo de la Casa de Austria española, sino, por desgracia, de todos los imperialismos, europeos, americanos y asiáticos de antes y de ahora.

Sin añadir nuevos ejemplos, paso a los de procedencia española.

Hasta tiempos muy recientes (y aun ahora para ciertos suspicaces "hombres modernos"), toda vindicación de historia española era motejada en-

tre nosotros de retrógrada. Se suponía reñido el espíritu liberal y moderno con todo reconocimiento de que en nuestro pasado (y en nuestro presente), al lado de cosas que hoy nos parecen malas y otras que lo eran antes y lo siguen siendo, existieron (y existen) muchas buenas, producto tan genuino de nuestro espíritu como las primeras. Era inútil argüir que la proclamación de la verdad histórica comprobada no tiene nada que ver con la ideología actual de un hombre respecto de la organización social y del Estado, de los principios del Derecho, etcétera.

Pero ya se han vuelto las tornas. El año 1926, que acaba de morir, ha visto dos manifestaciones elocuentes del triunfo de aquel criterio sano que defendía la distinción entre la realidad histórica y la apetencia de realizar los ideales modernos. Esas dos manifestaciones proceden de dos hombres de ideas netamente radicales y ambos de profesión intelectual y de prestigio bien ganado. Es uno el profesor don Fernando de los Ríos, quien en una conferencia sobre "La política religiosa de Felipe II", dada en Nueva York, ha rectificado totalmente el criterio con que los "liberales" habían juzgado tradicionalmente aquella dirección de la política regia española en los siglos XVI y XVII. Dejo a un lado mi opinión sobre ese asunto, que tal vez no coincida completamente con la de mi colega universitario. Lo único que me importa consignar es la nota que aquel juicio de un socia-

lista español representa en la posición crítica de nuestro historicismo.

La otra manifestación procede también de un socialista, a quien todos queremos y estimamos aquí por su labor seria y generosa en las cuestiones sociales. Hablo de Fabra Rivas, quien en uno de los días del pasado diciembre ha dado en la Unión Iberoamericana una sustanciosa conferencia sobre "El concepto del iberoamericanismo". Base de esa conferencia ha sido la afirmación de una cultura genuinamente hispana y de una obra histórica española merecedora de ser conservada y ensalzada por los hombres más "modernos".

Enhorabuena; y permítaseme que me regocije yo de verme tan bien acompañado en una posición historiográfica que desde 1898, y por bastantes años, me valió censuras y recelos de quienes creían que, por tener fe en el pueblo español y por negarme a subscribir los errores ajenos en cuanto a nuestra historia, dejaba de ser yo tan liberal y tan irreductible hombre de mi tiempo como lo fuí siempre, lo soy ahora y lo seré mañana.

Pero vuelvo a mi tema inicial. Todo ese cambio en nuestro criterio hispanista es aún más peligroso que el pesimismo de hace veintiocho años, Hay que precaverse contra él. Hay que estar preparados a resistir el fácil arrastre de esas opiniones y rectificaciones halagadoras para nuestra confianza en nosotros mismos. Hay que huir de creer, en consecuencia, (como siguen creyendo otros pueblos que repiten hoy en política lo que fueron

nuestros reyes en los siglos XV a XVII), que hemos sido impecables, que todo lo nuestro es sobresaliente y que nos hemos substraído de pronto a la condición humana, que es condición de defectos, de errores y de caídas al lado de virtudes, aciertos y vuelos altísimos.

Si la crítica histórica ha de servir para algo socialmente provechoso, sea para convencer a todos los pueblos que todos tienen cosas que corregir y mejorar, así como todos, cada uno a su manera, según su idiosincrasia y conforme a la concepción de cada época, han contribuído y contribuyen a la obra común de hacer cada día la vida humana un poco más fácil y más justa, más noble y más "espiritual".

1927.

XVIII

La razón del "más eres tú".

Todos sabemos con cuán deplorable frecuencia se esgrime esa razón en las polémicas de todo género así que degeneran en personales, cosa facilísima. ¿Quién no recuerda algún debate parlamentario en que la más aguda y directa acusación solía ser contestada, no con una explicación de los hechos que redujera a la nada el ataque mostrando su carencia de fundamento, sino con otra acusación de faltas o errores perfectamente heterogéneos con los antes aducidos, pero que iban rectos contra la persona del acusador o contra el partido a que éste pertenecía?

La estrategia no solía fallar. Su principal e inmediato efecto era convertir al agresor en agredido, al fiscal en reo, y desviar la dirección inicial del debate, desvirtuándolo. Los pecados ajenos cubrían los propios, y el interés del público se concentraba puramente en el "corps a corps" de los oradores.

He citado el ejemplo parlamentario por ser el más popular, y tal vez el más frecuente; pero,

como antes dije, no es el único. Bueno será añadir que no engañaba a nadie, y que pasado el calor del "incidente" y del espectáculo polémico, todo el mundo sabía a qué atenerse en cuanto a las respectivas culpas de los discutidores.

Pero hay casos en que esa reacción del juicio ajeno no se produce, por lo menos como regla general. De uno de ellos, peligroso a mi juicio por las cosas de primera importancia a que se refiere, quiero tratar hoy.

Se trata de la aplicación del "más eres tú" a las polémicas de patriotismo. Cuando a un país cualquiera se le sacan sus defectos, o se le inventan por ignorancia o por malquerencia, una de las formas espontáneas de defensa es sacar a relucir los ajenos. Basta releer la literatura contemporánea de esta clase, tanto en la forma de viajes y comentarios a viajes como en el de "cuadros" o "psicologías colectivas" y demás modalidades del género, para ver la frecuencia con que se útiliza aquella razón. Unas veces se hace a la manera que diríamos primitiva y brusca, de acumular acusaciones para abrumar al contrario y recordarle aquel final de una fábula española que recomienda, al que ha de reprender, la necesidad de ser irreprensible para que su férula goce de autoridad suficiente. Otras veces se limita a establecer una serie de hechos que expresan faltas o descuidos de la misma índole de los imputados, para sacar la consecuencia de que, siendo comunes, no hay para qué echarlos en cara al prójimo. El techo

de cristal de ambos contendientes exige que nadie tire piedras al ajeno, si no quiere ver roto a pedradas el suyo.

Toda esta argumentación ha tenido su época, y aun puede decirse que forzosamente la ha de tener en las polémicas internacionales de aquel género. Es como la fase inicial de ellas, indispensable para despejar el camino antes de llegar al verdadero campo de discusión y, mejor aun, de estudio.

Todos la hemos empleado más o menos en nuestro respectivo período heroico de patriotismo. Y aunque equivocada en muchos respectos, ha dado por conclusión el establecimiento de un hecho que, efectivamente, reduce mucho el margen de las acusaciones y de los desprecios hacia el prójimo, dado que comprueba la existencia de unos mismos defectos, en grado mayor o menor de desarrollo, en todos o casi todos los países. El "más eres tú" se convierte en "igual eres tú"; y en todo caso embota el arma agresora y le quita autoridad.

Pero un patriotismo sano no puede contentarse con esto. La comprobación de existencia en tierra ajena del defecto acusado en la propia y la satisfacción personal de hacer callar al censor o, por lo menos, desprestigiarlo en ese papel, deja intacto el defecto. No lo corrige, y menos lo suprime: se limita a conocer que es compartido. Escaso remedio. El refrán popular se adelantó a esta reflexión diciendo que "el mal de muchos es consuelo de tontos". Y, sin embargo, hay una

tendencia invencible en las masas a reposar en ese estado de conocimiento. Esa tendencia, fácilmente comprobable, es un peligro evidente para todo espíritu dotado de clarividencia y que sabe que el ideal del patriotismo no consiste en compartir en materia de defectos los que halla corrientes en tierras extrañas, sino en suprimirlos en la propia.

Dejo a un lado el problema de si todos los defectos de la vida humana actual son defectos "históricos", es decir pasajeros, o existen algunos de tan profunda manera correspondientes a la naturaleza humana que nunca llegará ésta a corregirlos. Ese problema no lo perciben las masas y, por lo tanto, no existe para ellas ni influye en sus juicios y en sus estados de ánimo. Para quienes lo perciben y se preocupan por él es, por otra parte, evidente que sólo puede referirse a ciertos y pocos defectos, fuera de cuyo número existen muchísimos más de los que sabemos que se han curado ya, si no íntegramente tales o cuales pueblos, gran cantidad de individuos en cada uno de ellos. Pero repito que esta discreción de los hombres verdaderamente cultos no posee acción alguna en la masa. Por eso hay que preocuparse del estado de espíritu de ésta en el asunto.

Ese estado de espíritu, como decía antes, se inclina a no dar importancia a los defectos propios en cuanto se averigua que también son ajenos. Si se trata de un pueblo atrasado en civilización respecto de otros, o que de buen grado reconoce

una superioridad en éstos, el descubrimiento de que también en ellos se producen tales o cuales faltas no se detiene en la consecuencia polémica a que antes me referí, sino que llega a la de que no hay motivo para alarmarse de los propios. Si por ejemplo se trata de un pueblo en que es habitual sembrar las calles y los paseos públicos de papeles, arrojando todos los que no sirven (periódicos leídos, anuncios desechados, envolturas de comestibles, etc.), es muy de temer que, aun comenzada la educación colectiva para destruir ese hábito, se paralice y hasta se destruya totalmente si la masa llega a saber que lo mismo ocurre en pueblos de civilidad superior en otros respectos y donde es profusa la colocación, en los parajes públicos, de cestas para depositar los papeles. Como este ejemplo podrían aducirse cientos relativos a otras formas de limpieza de las calles, al estado y conservación de carreteras, al servicio de ferrocarriles, a la higiene doméstica, a la conducta individual en los espectáculos públicos, a la burocracia: en suma, a las mil cosas que en su conjunto constituyen la cultura social de los pueblos. Cada uno de mis lectores podrá comprobar, en los límites de su propia experiencia, la exactitud de ese hecho que expongo.

De todo lo dicho se infiere la necesidad de destruir, hasta el máximo posible, aquella peligrosa tendencia de las masas a que vengo refiriéndome. Si para que el sentimiento patriótico se defienda de los ataques injustos es bueno que cada pueblo

conozca la situación real de los atacantes en materia de defectos, en el cumplimiento del respectivo deber patriótico y humano, aquello no debe ejercer influencia alguna. Lo que le importa a cada grupo humano, como a cada individuo, es verse cada día más libre de faltas, más corregido de vicios, más depurado de intenciones y de conducta en todos los órdenes de la vida. Si aun los pueblos o los individuos que temporalmente considera como superiores persisten, por las causas que fueren, en alguna de las inferioridades que él ya superó, o vuelven a caer en ellas, tanto mejor para su vida y, en fin de cuentas, para la humanidad toda de que forma parte y que no dejará de utilizar la ventaja conseguida por uno de sus miembros. Lo más grande y lo más eficaz—también lo más civilizador—del patriotismo es la irrestañable ambición de elevarse al más alto puesto y de superar a los otros en perfección de la propia vida. Es tiempo perdido el que se emplea en mirar atrás para ver quiénes se quedan rezagados y en qué, porque esa mirada lleva siempre implícita la tentación de cejar en el camino ascendente. Que no sea excusa de nuestra flaqueza el hecho ajeno del defecto, sino acicate de nuestra voluntad la conquista de un escalón más alto realizada ya por los otros.

1928.

INDICE

Págs.

DEDICATORIA 5
PRÓLOGO 7
I.—El sentimiento del idioma patrio 13
II.—El idioma nacional 19
III.—El español fuera de España 25
IV.—De rebus Hispaniae 33
V.—El libro patriótico 39
VI.—Hispanólogos e hispanófilos 47
VII.—España nueva y España vieja 55
VIII.—El Sr. Morley y la psicología española 65
IX.—Por la vindicación de España 73
X.—Un libro de rectificaciones hispanistas 79
XI.—Participación de España en la obra de la civilización universal 85
XII.—La personalidad hispánica 101
XIII.—Covadonga 105
XIV.—Santiago y Cavite 109
XV.—Patriotismo y nacionalismo 115
XVI.—Una encuesta sobre el patriotismo 123
XVII.—La crisis actual del españolismo 131
XVIII.—La razón del "más eres tú" 139